AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 10 julio 2007

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques, Francisco Javier Fernández, Rafaela Lillo, Manuel Parra Pozuelo, María Isabel Pintos,
Consejo Asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández, María Rosario Mohinelo, Julia Díaz,
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: *Sensualidad y color* de Rafael Llorens Ferri

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana,15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil:679248312
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	Mª José Arques	5
Me turba el pensamiento venidero	Lucía Espín	6
Abismos	Airam Lebasi	7
La mola	Maritza López Lasso	8
La noche	Francisco Alonso Ruiz	11
Silencio	Rafaela Lillo	12
Danza del vientre	Julia Díaz Climent	13
Déu sempre ens escolta...	Isidoro Santamaria i Quintana	14
La amante y el amado	Mª Amparo Benito Díez	16
Tiresias sabe	Loly Muñoz Caro	17
Mi amigo Ignacio	María Rosario Mohinelo	18
Amor irremediable e irredento	Manuel Parra Pozuelo	19
Todos somos náufragos arrastrados por la marea	Mati Bautista	19
Misiva a Dios a modo de interpelación	Fco. Javier Fernández	20
Publicidad engañosa	Julia Gil	22
Ahora que tengo 30 años	Joaquín Juan Penalva	23
La partida La Hoya de Elche	Luis S. Taza Hernández	24
Recuperar la memoria	Concha López Sarasúa	25
Labios de ébano	Mª José Arques	27
Las sombras me acompañan día a día	Lucía Espín	28
Don Alguien	Francisco Gómez	28
El paraíso literal	Andrés Neuman	31
Improbables fotografías	Carlos Cebrián	32
A Rafaela Lillo por su libro *La semilla del tiempo*	Francisco Alonso Ruiz	33
Tras los pasos de los hijos de Breogán	Airam Lebasi	34
Mujer sin edén	Rafaela Lillo	36
Cuando me aúlla la pena	Julia Díaz Climent	41
Mar, amor, dime tu secreto	Mati Bautista	42
Muro	Mitzi Vania	43
El dulce lamentar de las poetas o el dulce lamen tarde las poetas	Fco. Javier Fernández	44
Olvidar el olvido	Mª Amparo Benito Díez	50
La marca del tiempo	Mª José Arques	51
Dijeron que el chopo estaba enfermo	Cristina Arroyo	52
Aunque nunca lo sea	Manuel Parra Pozuelo	53
Viejas calles	María Rosario Mohinelo	54
3:40 A.M.	Luis S. Taza Hernández	55
Recuerdos de una maestra	Airam Lebasi	56
Nazareno	Julia Díaz Climent	58
Un escultor de vanguardia: Miguel Bañuls Maciá	Francisco Alonso Ruiz	59
Andrómeda	Miguel Ángel Pérez Oca	61
Isidoro	Rafaela Lillo	62
Hambre en el sur	Mª José Arques	64
Callosa, quisiera quererte	Mati Bautista	65
Hipertexto literario	Fco. Javier Fernández	66
La mar, el mar	Juan Vicedo	68
Con los brazos en cruz	Lucía Espín	69

Y subió a los sueños por no descender a la locura	Mª Amparo Benito Díez	70
Qué gris está la tarde	María Rosario Mohinelo	71
De cómo Ray y Bogart se perdieron en un lugar solitario…	David Israel Méndez Alcaraz	72
La cosecha del corazón	Manuel Parra Pozuelo	74



Acto conmemorativo del III Aniversario de la revista AUCA en la librería 80 Mundos, de Alicante, el 3 de abril de 2007.
Los miembros de Auca de las Letras quieren mostrar su agradecimiento a la dirección de dicha librería por el apoyo recibido durante todo este tiempo.

EDITORIAL

De nuevo nos encontramos en las páginas de Auca, tras cuatro meses de goce mironiano, durante los cuales hemos experimentado el placer de sumergirnos en el monográfico dedicado a Gabriel Miró. El trabajo realizado para elaborarlo no nos permitió disfrutar de su lectura con total plenitud. Hoy podemos decir que nuestra faceta de lectores de la revista Auca nos ha deleitado enormemente.

Y enseguida, prestos a preparar el siguiente número, hemos trabajado con el mismo entusiasmo, con sobrada energía, y sobre todo con inmenso agrado, pues como dijo Jean Paul Sartre, *la felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace*. Basándonos en estas veraces palabras del filósofo y escritor francés, hemos llegado al número diez.

Continúan incrementándose nuestros suscriptores, a los que agradecemos su decisión de formar parte del grupo de personas que nos ayudan a seguir adelante. Algunos de ellos publican por primera vez en Auca, tal es el caso de Maritza López-Lasso, panameña residente en Suiza, que relata en *La mola*, una historia tribal y escalofriante e Isidoro Santamaria i Quintana que nos transmite en su cuento que *Déu sempre ens escolta*.

Como nuevos colaboradores contamos con el reconocido novelista, poeta y escritor de relatos, Andrés Neuman, del que incluimos su poema *El paraíso literal.* Así mismo, Cristina Arroyo Martínez, ganadora del premio Poetas Solidarios, nos ha enviado el poema *Dijeron que el chopo estaba enfermo;* Juan Vicedo nos envuelve en la belleza de su prosa poética titulada *La mar, el mar;* Concha López Sarasúa emociona al lector con un relato plagado de recuerdos, *Recuperar la memoria;* Loly Muñoz Caro escribió los versos de *Tiresias sabe;* Julia Gil nos divierte con su relato *Publicidad engañosa;* y de la mexicana Mitzi Vania hemos recibido un poema titulado *Muro*, acompañado de una ilustración diseñada por ella a partir de una fotografía de Manuel Álvarez Bravo.

Significa un gran honor para nosotros informar de que nuestra compañera Rafaela Lillo Moreno ha sido galardonada con el Premio Nacional de Poesía Vicente Mojica, que otorga el Ateneo Científico y Literario de Alicante, por su poemario *Órbita de la desazón*. Por otra parte, de su libro *La semilla del tiempo*, publicado por la editorial Torremozas, que vio la luz el año pasado, hablan en sendos textos nuestros compañeros Francisco Alonso Ruiz y Manuel Parra Pozuelo.

Desde este editorial damos la bienvenida a cuatro nuevas socias de Auca de las Letras: Dorrit Ziehl, Mati Bautista, Julia Díaz y María Rosario Mohinelo. Gracias por hacernos crecer en número, así como por vuestra valiosa aportación humana.

Con nuestros mejores deseos de felicidad en este verano que hemos iniciado, les citamos con nuestras letras, en las que hemos depositado mucha ilusión, confianza y empuje.

María José Arques

Me turba el pensamiento venidero



El tener que pensar constantemente
en todos los segundos de mi vida,
antes de entrar a escena decidida
o abrir una ventana solamente,

me lleva de cabeza a ser paciente,
y pienso más aún si, detenida,
me quemo poco a poco y no enseguida
en las llamas de un mundo diferente.

Me turba el pensamiento venidero,
que el rojo intenso gesta, cual semilla,
sin saber que será fuego su fruto.

Y un sediento calor, en un segundo,
promete florecer a cada orilla
de la ligera sien de este minuto.

Lucía Espín

Abismos

Mi memoria es maldita y amarilla como un río sumido desde hace muchos años.

A. Gamoneda

Cayendo en el abismo, el vértigo desnudo,
se enredan mis cabellos, raíces de la tierra
que llaman sin mirarme.
Aprieto entre las manos mis entrañas heridas,
siento abrirse unos brazos que abarcan mi cintura,
posada de la nada.

Cayendo en el abismo busco tu cuerpo alado,
mentira de unos sueños,
espejos sin figura labrados en la tierra,
los trazos de tu nombre reviven en los árboles
talados por el hacha.

Cayendo en el abismo busco mundos extraños
de pájaros oscuros, ladrones de la vida
vivida entre tus brazos.
Papeleras que guardan retazos de otro tiempo
como cuevas arcaicas retienen nuestra magia,
testigos muertos.
La sangre multiplica su ardiente recorrido,
enamorada flor desgarrada del tallo,
beso los huecos vacuos de la juventud ida.

Cayendo en el abismo recreo mi amargura.
Mi cabello se enreda en tus labios helados,
acantilado fiel de rutas imposibles.
Como rapaz nocturna que acecha, te vislumbro
en las rendijas
de palabras borradas que socavan tu cuerpo
desintegrado.

Cayendo en el abismo me fundo con el caos,
pensamientos sombríos son antiguos fantasmas
habitantes del aire, música en las tinieblas,
habitantes sin rastro.
Águilas silenciosas me vigilan,
penden sobre el abismo los lirios azules y cárdenos
del jardín del olvido de tu casa enterrada.

Yo ante el abismo siento la agonía gravitando en la nada,
tú no estás para amarme,
y desciendo al abismo por paredes de lágrimas,
sin tenerte a mi lado.

Airam Lebasi

LA MOLA

Su piel, de un color canela cenizo, tenía la brillantez del sol reflejado sobre una superficie pulida. Su nariz, curvada por el uso permanente de la argolla que cuelga de su tabique, sugería el pico del águila real. Sus ojos, oscuros y penetrantes, reposan ahora, soñadores, sobre su obra: su primera mola. Era todavía una chiquilla cuando su abuela la inició en la técnica de las molas. Con los retazos de tela que le sobraban, la Kata –como la niña la llamaba– le cortaba el contorno de los dibujos y la chica, introduciendo los bordes de manera que quedaran escondidos y aplastándolos enseguida con las uñas, los cosía. Sólo que eran molas pequeñas. Molas que ella utilizaba para vestir la muñeca de trapo que una extranjera le había regalado.

La Kata no le escatimaba elogios. Le decía que sus molas hablarían por sí solas; le aseguraba que, a diferencia de sus ancestros quienes precisaban de antiguos rituales para mejorar la calidad de su trabajo, ella no necesitaría someterse al martirio de pararse sobre un hormiguero hasta que las hormigas, furiosas, recorrieran su cuerpo y la hicieran sangrar. Desde que la vio coser los primeros vestiditos para su muñeca, la abuela había sentenciado: ella tenía el *kurgin*. Sí, sin lugar a dudas, su nieta poseía un verdadero talento.



Aunque siempre había trabajado en compañía de la Kata, esta vez se había visto en la necesidad de prescindir de su ayuda ya que los espíritus de la eternidad se la habían llevado algunos meses antes.

Sobre un pedazo de tela roja había dibujado, sirviéndose de un trozo de carbón, un loro entre dos palmeras, como los que veía cada día en la isla donde moraba. Después de cortar y coser el contorno del dibujo sobre un rectángulo de tela de un amarillo candente lo había decorado con retazos de colores diferentes hasta obtener la maravilla que sus ojos contemplaban.

¿La pondría junto con las otras molas que el resto de las mujeres de su tribu habían dispuesto para la venta o la utilizaría para adornar la blusa del vestido tradicional que cada día llevaba? No. Ésta era demasiado bella para usarla para diario. Ésta era una verdadera *mor yoedi*. Podría llevarla en la próxima fiesta de la pubertad. Con su collar de corales que había terminado la semana anterior, le quedaría a las mil maravillas.

Pero, ¿qué diría su madre? "Esta es una verdadera *mor ukedi*; se podrá vender a buen precio" –había comentado en la mañana, antes de partir a la pesca–. Y su madre no era como las otras mujeres de la tribu a quienes se las podía convencer fácilmente, a quienes sus maridos manipulaban como querían. Desde la muerte de su padre, acaecida tanto tiempo atrás que ya casi había olvidado sus facciones, su madre se había acostumbrado a controlarlo todo y a todos.

Sí, su madre era diferente. Sin embargo, había pasado tantas horas realizando ese trabajo y el resultado era tan hermoso que le resultaba muy difícil separarse de él. En un instante tomó la decisión: lo escondería y comenzaría enseguida otro similar. Tendría que darse prisa ya que los turistas llegarían al archipiélago tres días más

tarde. No estaba segura de poder terminar una mola como aquella en tan poco tiempo, pero al menos lo intentaría.

Tras rozarle la cabeza, un pájaro aterrizó frente a ella como advirtiéndole de un peligro que sólo él veía. La chica levantó la vista justo para ver, a lo lejos, la canoa de pesca de su madre que se acercaba. Como picada por un insecto se puso en pie, apartó la cortina de bejucos que hacía las veces de puerta y entró como un huracán en la choza. De un vistazo recorrió la mesa de cañareja y las dos camas del mismo material, la totalidad del mobiliario. ¿Dónde podría esconderla? ¿En el techo, entre las hojas de palma? No, su madre la vería enseguida. ¿En el suelo, disimulada en la espesa alfombra de arena? ¡Claro! Sin perder más tiempo se dirigió hacia la esquina en donde la arena estaba más suelta y ahí, junto a una de las paredes de bambú, la enterró.

A los pocos minutos, cargada de pescados y langostas, llegó su madre. Al verla sentada en uno de los rústicos bancos en el exterior de la vivienda, las manos ociosas, le preguntó, molesta, lo que hacía.

–Nada –contestó la muchacha tomando rápidamente el primer trozo de tela que se encontraba a su lado.

–¿Ya terminaste la mola?

–¿Eh? No –respondió la chica sin saber hacia donde dirigir su mirada.

–Entonces ¿qué esperas? ¡Termínala, chiquilla floja! –ordenó su madre perdiéndose dentro de la choza.

Sin que su madre la viera, la chica buscó rectángulos de tela roja y amarilla en los mismos tonos que los utilizados para su trabajo anterior, pero no los encontró. En su lugar los halló rojo vino y anaranjado. Se preguntaba adónde habían ido a parar los retazos de esos colores que hasta hacía pocos días poblaban la pila que reposaba a su lado, pero no tenía tiempo para reflexionar. Debía comenzar de inmediato su nueva tarea, de manera que su madre no se diera cuenta de que se trataba de una diferente de la que sus ojos habían admirado durante la mañana.

Al día siguiente trabajó desde el alba. No se concedió un instante para el disfrute de la naturaleza que la rodeaba, como era su costumbre. Cada vez que se sorprendía divagando acerca de los primores de la mola anterior, alejaba estos pensamientos y trataba de concentrarse en su nueva obra.

Al final de la tarde, al volver de la pesca, su madre la encontró en plena labor.

–¿Dónde está la otra mola, esa que debiste haber terminado ayer? –le preguntó tras limpiar el pescado y prender el fogón para preparar la cena.

–No hay otra. Ésta es la de ayer.

–No estoy para perder el tiempo. ¡Enséñamela!

–Le juro que es ésta –le aseguró la joven poniéndose en pie.

Segura de que no se trataba del mismo trabajo y sorprendida por la osadía de la chica al jurar, la mujer irrumpió en la choza tras lanzarle una mirada de desprecio a su hija.

Por algunos instantes la joven se quedó parada, el corazón galopando dentro de su pecho, sus manos estrujando el pedazo de tela que constituía su nueva obra. Sabía la suerte que, en su tribu, corría no sólo la persona que mentía, sino, peor aún, la que juraba en vano. Si su madre la descubría, sería su desgracia.

Haciendo un esfuerzo entró en la cabaña y encontró a su madre, de espaldas, parada en medio del recinto. Dirigió la vista hacia la esquina en la que había escondido la mola y percibió un pedacito de tela que sobresalía. Lentamente, como si estuviera midiendo sus pasos, caminó hacia el sitio que la delataba para recubrirlo.

Su pie desnudo había terminado su tarea encubridora cuando, bruscamente, su madre se volvió. Se detuvo frente a ella y pasando su brazo sobre un costado de la chica, la empujó hacia un lado. Sin transición, sus ojos tropezaron con el fragmento de rojo entre la arena. Se agachó. Sus manos escarbaron y apareció la mola.

La joven se cubrió el rostro con las manos.

–¡Es mía, yo la hice! –gemía.

Como respuesta la madre salió disparada con el trabajo de su hija en la mano.

Al anochecer todo estaba listo en el patio de la aldea. El tronco de palma y el hacha hincada sobre él esperaban en el centro del círculo formado por los miembros de la tribu. Los ancianos, en sus lugares habituales –frente a la casa del *tsaila*–, esperaban. Las oscilantes lenguas de fuego de una fogata iluminaban la escena. El castigo debería ser ejecutado por el padre de familia. Estando el suyo muerto, el tormento sería aplicado por el hermano mayor.

Por un costado de la choza del jefe religioso, entraron los dos hermanos acompañados del murmullo que brotaba de las figuras envueltas por las sombras. La chica llevaba entre sus manos abiertas la hermosa pieza que se había apoderado de su joven corazón. Él, con la desmesurada altivez del que cumple un mandato superior, ejecutor de un oscuro designio, caminaba, marcial, a su lado. Se detuvieron uno frente al otro; el tronco de palma entre ellos. La muchacha no se resistía. ¿Para qué? Ella conocía la ley; y la respetaba.

El murmullo cesó cuando los *kantule*, en una mano la flauta y en la otra una maraca, comenzaron a tocar. Dos hombres se pasearon entre los hermanos con sendos incensarios en los que se quemaban granos de cacao y de pimientos picantes. El *tsaila* entonó el canto que recogía mitos ancestrales y concluyó con una cadencia parecida a un lamento.

Los dos hermanos se miraron por un instante. El joven hizo una especie de reverencia y tomó el hacha. Su hermana, sumisa, colocó su pulgar derecho sobre el tronco. La afilada lámina, iluminada por las parpadeantes llamas de la fogata, se elevó, lenta, con su sonrisa de fuego, para caer, precisa, allí donde la tradición dispone el tajo. Una mancha roja y espesa se extendió sobre la superficie tronchada de la palma; brevemente la sangre dispersada pareció cobrar la forma de un loro entre dos palmeras. La mano sana de la muchacha apretaba la mola para protegerla en su pecho.

El curandero, eficaz en su labor, en pocos minutos se ocupó de detener la hemorragia y vendar la herida.

Pocos días después, desde el barco que la llevaba a tierra firme, la joven miraba perderse el conjunto de islas que había sido su universo. No sabía lo que le deparaba el destino. Sin saber español, alejada de su familia y sin su pulgar para crear, se sentía perdida. Repudiada por los suyos, había dejado de formar parte de la comunidad. No le permitieron que llevara consigo su vestido tradicional. Al menos le dejaron su mola. Su última mola.

Maritza López Lasso

La noche



La noche estrellada. Vicent Van Gogh, 1889.
Óleo sobre lienzo.

Tal vez estoy sintiendo el temblor de la noche,
reviviendo el misterio secreto de la vida,
cuando todos los poros se impregnan de su tacto
en el instante íntimo que hace dormir el alma.

Tal vez algo me diga cómo está cualquier noche
cayendo en nuestros cuerpos con un largo sollozo,
con estrellas y pulsos y membranas y nervios,
a la vez que las puertas se cierran lentamente.

Que he conocido el mar y la pequeña lluvia,
y el tiempo sucediéndose con desgana y cansancio,
y he sabido del viento que nos llega de lejos,
y de las tardes lentas y de las albas largas.

Y yo contra la sombra le pregunté al silencio,
sonsacando a la luna su espejismo de espanto,
yo con toda la carga de mis dudas y ausencias,
deshabitando todo el tiempo por las calles.

Ya se lamenta el polvo que al caminar olvido,
aquella mancha antigua que me ensució los huesos,
la inmensa podredumbre que pisan mis zapatos
o el vino que he bebido en las sucias tabernas.

Que sufro todo el tiempo mi espesura de hombre
y es el odio, el amor o el desamor la huella
que me dejo en los hombros ancianos de la noche
al quedar desterradas las cenizas del día.

Francisco Alonso Ruiz

Silencio

Nostalgia.
Silencio.
Un viejo, sentado a la lumbre, dormita sus sueños.
Recuerda aquel tiempo, que ya queda lejos,
cuando la nevada
–algodón de hielo–
era pan y vino de su campo hambriento;
cuando con sus manos
–duros bronces nuevos–
pedía a la tierra el fruto esperado de un sudor sediento.
Su tierra era suya,
y suyos los hijos que trajo el deseo.
La nieve era poco,
y nada la lluvia o el cierzo.
Eran poco el rayo, el huracán o el trueno.
A nada temía, ni a Dios ni a los cielos.
Sólo algunas veces,
una sombra loca rondaba sus noches
como un lobo hambriento.
Si yo no pudiera...
¿Qué sería de ellos?

Todo fue pasando:
la nieve, la lluvia, los frutos, el viento...,
la tierra regada,
las hojas caídas en tantos otoños de cierzo,
la tierra preñada
pariendo unos hijos inciertos.
Y así siempre, siempre, en eco perpetuo,
todo fue pasando.
Y también pasaron
los días de rosas, de vino, de fuego...;
y la arcilla amable y el rocío risueño:
–dos soles menudos, dos amores tiernos–;
y la fuerza ingrata de dos bronces viejos.
Y llegó la noche con su lobo dentro.
Y el fuego, la lluvia, los besos y el viento,
fueron brasas, llanto, quietud y silencio.

Un viejo se aburre.
Nostalgia.
Silencio.

Rafaela Lillo

Danza del vientre



Si pudiera nacerme,
renombrar mis células cautivas
en el útero celado de mi vientre,
cultivar la luz que sucede al estallido,
la sierpe que dormita el duermevela
habitándome el dorso hasta el ombligo,
repitiendo mi nombre desde siempre.
Si pudiera nacerme,
desde abajo, desde el átomo mas párvulo y sucinto
hasta el talle que gira impetuoso
las elípticas formas de mi cinto.
Si pudiera nacerme y recordarme,
agonizar en el cuenco de mis rizos,
descomponer cada herida voladora
cada roto suspiro de mis sitios.
Si pudiera nacerme nuevamente,
y esta danza matraz se vuelve rito,
colmaría de amantes esperanzas
el universo oscuro donde habito.

Julia Díaz Climent

DÉU SEMPRE ENS ESCOLTA...

La Montserrat era una dona que de joveneta tenia fe amb Déu i creia que malgrat no veure'l, Ell sempre vetllava per ella i els seus. Però va anant perdent la seva fe a poc a poc, com sovint sol passar, per circumstàncies de la vida...

Es casà i es sentí feliç i l'amor pel seu marit era cada dia més ferm i apassionat. Ambdós vivien absorts per un amor despreocupat i alegre; la seva única pena era no tenir fills. De sobte el marit de la Montserrat emmalaltí de càncer de pulmó. Ella, en la seva desesperació es dedicà a pregar, esforçant-se per recuperar la fe perduda, però l'oració, per tant temps relegada a l'oblit l'hi semblava buida de contingut. Després d'alguns mesos, llargs i angoixosos, Carles morí. Aleshores la constant pregària de la Montserrat fou: "Ajudem Déu meu, a suportar aquesta solitud i desesperació!"

A la Montserrat li semblà que només el ressò retornava les seves oracions i, sense entendre el bondadós consell del seu rector, en la seva amargura i desolació tractà de caminar per si sola, però a cada pas s'enfonsava més profundament en l'egoisme del dolor reprimit. Al llarg del seu viarany solitari es trobà amb altres persones que també patien. Aquells quina fe era forta recobraren el valor i l'esperança. Però altres, com ella mateixa, seguien perduts, vacil·lants.

Va conèixer a un home que havia perdut el seu únic fill, a una viuda molt més gran que ella, a una joveneta que havia perdut als seus pares en un accident de cotxe. Tots comentaven que havien demanat ajuda a Déu per suportar la separació, sense que res succeís. Per què Ell escolta altres oracions, però mai les nostres?, es preguntaven.

La Montserrat mai s'adonà de quan gran era el seu error fins una nit gelada del mes de desembre, setze mesos després de la mort del seu marit. Es trobava a Barcelona, on hi havia anat a buscar treball per escapar d'obsessionats records. En un principi, la recerca d'una feina la tingué tan ocupada que no li quedà molt temps per pensar en el passat; però dues setmanes després de la seva arribada a la ciutat comtal, el sol fet d'haver-se trobat per casualitat amb una persona que havia mantingut relacions comercials amb en Carles renovà tot l'antic dolor per la pèrdua soferta.

Un capvespre, incapaç de suportar la solitud de la seva habitació, començà a vagar pels carrers durant hores. Començava a fosquejar; un rellotge distant dava les vuit quan sortí a la Plaça de Catalunya i es dirigí cap a les Rambles.

En arribar quasi a l'altura del carrer del Carme, recordà que allí hi havia l'Església de Betlem i en dirigir el seu esguard envers la seva façana s'adonà que la porta estava oberta. L'antiga pregària l'hi retornà als llavis: "Ajudem, Déu meu, ajudem!".

Entrà en el temple, però sense esperances.

L'Església era molt freda, bastant humida i estava molt poc il·luminada. En la penombra s'entreveien les fileres de bancs. Mentre la Montserrat romania en peu, indecisa, sobtats plors romperen el silenci, els plors bruscos i turmentats d'un home.

La primera reacció d'ella fou de por, i es girà per fugir. Però aquells plors afogats, tan plens de dolor, la detingueren a la porta. Malgrat el seu desig de escapar-se avançà quasi a les palpentes per la obscura nou central envers el lloc d'on provenien, fins que veié una persona arrupida en un banc. Posant-l'hi tímidament la mà a l'espatlla, li preguntà:

–Puc ajudar-lo en alguna cosa?

El desconegut alçà el cap. Era jove; tenia el rostre angulós i el cabell ros.

–Ha mort –digué amb veu dura–, la meva esposa ha mort!

La Montserrat s'assegué al seu costat. Tanmateix, no esperava cap resposta, però ell començà a parlar-l'hi en un murmuri suau, com si ella fos una vella amiga. Feia uns quants anys, havia vingut d'Alemanya amb la seva esposa. No obstant, tot i que el seu

sou d'empleat era mesquí, i el seu pis massa petit d'ençà de l'arribada d'un fill, la seva vida estava plena d'amor i felicitat fins que la seva esposa morí feia dos mesos. Li parlà dels interminables dies i de les nits d'insomni i solitud, des d'aleshores.

–No sé com seguir vivint sense ella – repetia angoixat –. Prego per tenir valor, però les coses empitjoren dia rera dia. La gent ha estat molt amable, però...

Ell, de sobte va callar. La Montserrat, mentrestant, tractava d'extreure del buit del seu propi cor algunes frases d'alè. Ell parla de nou, i les seves paraules constituïren una revelació sobtada per ella.

–Tots han estat tan bondadosos amb mi! El matrimoni que es féu càrrec del bebè, els veïns als qui abans no coneixia i que insisteixen en que mengi amb ells cada nit, els companys de l'oficina... Déu ha respost el meu prec a través de tota aquesta gent. Però la Montserrat no escoltava! Fou com si aquestes paraules obrissin una porta en el seu esperit. Ella també havia demanat ajuda, però esperava alguna solució dramàtica que esborrés miraculosament el dolor de la pèrdua soferta. Quan això no ocorregué ella s'havia allunyat de Déu, dient-se que Ell no havia escoltat les seves oracions. Així i tot, no obstant haver-l'hi donat l'espatlla, Ell havia contestat a la seva súplica, si ella ho hagués comprès així, si hagués sabut escoltar.

La Montserrat, asseguda al costat d'aquell desconegut, recorregué amb el pensament els llargs mesos anteriors. El seu metge l'havia enviat a passar les primeres setmanes a la platja perquè pogués descansar. A l'hotel, els altres estadants, de seguida que descobriren que acabava d'enviduar, l'envoltaren com un petit exercit d'amics, decidits a no deixar-la sola. L'obligaren a nadar, a capbussar, a compartir els seus passeigs amb bicicleta. Ni una sola vegada se l'hi va ocórrer que la càlida amistat d'aquelles persones podia ésser una resposta a la pregària que ella havia enlairat a Déu: "Ajudeume a suportar la solitud"

Durant la seva vida de casada mai no va desenvolupar una ocupació, i se li digué que degut a la seva manca d'experiència li seria difícil aconseguir-ne una. No obstant, i justament quan més ho necessitava, va trobar-se amb una senyora que casualment esmentà una vacant que existia en la redacció d'una revista, va presentar-s'hi i fou acceptada, cosa que ella qualificà de feliç coincidència.

El primer Nadal sense el seu marit, tres matrimonis que ella quasi no coneixia l'invitaren a passar el dia amb ells. Els seus veïns observaven amb atenció el seu estat d'ànim i, si advertien signes de que la seva depressió augmentava, l'obligaven a compartir les seves vides. La secretaria de l'editor pel què treballava, dedicà part del seu temps lliure per posar-la al corrent de les seves obligacions, i arribà fins i tot a corregir la seva incorrecta ortografia. Havia trobat molta gent bona i no se n'havia adonat!

Aquella nit el destí havia reunit a dos estranys en una església de Barcelona, perquè ambdós descobrissin junts quina és en realitat la forma en que Déu respon a les oracions. No es tracta d'un do miraculós de valor i esperança, ni d'una panacea sobrenatural que guareix els mals de l'esperit. Aquest recolzament s'adverteix en les petites coses: l'escalf de l'amistat que reconforta l'ànim defallent, el descans del cor adolorit al compartir l'alegria aliena, en la bondat d'un estrany que il·lumina un dia. Aquesta és, doncs, la manera com Déu ens ajuda a suportar les desgràcies i a refer-nos.

Déu sempre ens escolta!

Isidoro Santamaria i Quintana

La amante y el amado

Déjame sueltas las manos
y el corazón, ¡déjame libre!
Deja que mis dedos corran
por los caminos de tu cuerpo.
Pablo Neruda



Voluntad decisiva de un momento
tornado de amor que abre la herida,
y la altera, induciéndole a la huida
de la cárcel causante del lamento.

Detener la pasión es un tormento,
amar es manantial que vierte vida,
porque sólo muchedumbre descreída
dejar quiere al amante sin acento.

Amanece azuloso y sosegado
el destino del tálamo tranquilo,
descanso cauteloso el del amado.

Su gozo turbador es doble filo,
esconde el alma del ayer rasgado
y bebe de otra boca con sigilo.

MªAmparo Benito Díez

Tiresias sabe

Nave abandonada a la deriva
en la ciudad sin parientes ni enemigos;
naufragio de veloces fatalistas
o encharcada ascensión desde la sima.
Soy la tarde que culmina sin noticias
de los cientos de viajeros que partieron,
y que ya no son los mismos,
y que no han de regresar.
Volverán sus cuerpos pero el rito
de la ausencia los habrá tomado.
Volverán y no habrá nadie
que salga a recibirlos.
Porque el tiempo de los habitantes
no perdona a los que huyen,
y habrá sangre o borracheras
y harán falta mil incendios.
Nave abandonada y por poniente
se levanta un denso frío sin ambages.
Las arañas del reloj no se imaginan
que hay quien cuenta, azorado, los minutos.
Hay quien sabe que no hará sino callarse
cuando sea su palabra requerida:
aprendices de renuncia, o temerarios
delincuentes por la causa del silencio.
Soy la tarde que declina en genitivo,
y no poseo sino aquello que rechazo;
los viajeros, mientras tanto, se distraen
y confunden siempre mapa y territorio.
Volverán aunque diciembre no los quiera,
(porque diciembre sólo ama a los vencidos)
y en el puerto de Madrid, a media tarde,
seguirán mintiendo como adultos.

Loly Muñoz Caro

MI AMIGO IGNACIO

Conocí a Ignacio haciendo el servicio militar en el arma de infantería. Ignacio era un tipo de carácter alegre, muy seguro se sí mismo, con la palabra oportuna a flor de boca fueran cuales fueran las circunstancias, atento con los compañeros, hábil con los superiores. A todas estas cualidades se unía su fortaleza física, su aspecto de deportista de élite, siempre incansable, a pesar de los agotadores ejercicios y maratonianas marchas llevadas a cabo cargados con todo el equipo, que solían dejarnos sin resuello. Al poco tiempo de iniciar nuestra milicia, figuraba en la lista de los preferidos por los mandos, obtuvo un destino privilegiado y nadie se extrañó de su suerte.

No puedo comprender por qué Ignacio siempre demostró una inclinación especial hacia mí, pues soy una persona situada en sus antípodas. Débil, apocado; llegué al cuartel aterrado como pudiera haberlo hecho a la horca. Él siempre me protegió, evitó que los cafres de turno me hicieran objeto de sus bromas crueles y consiguió enchufarme como asistente del capitán.

Mi familia le agradeció de corazón todo cuanto hacía en mi favor. Dada la circunstancia de hacer la "mili" en mi propia ciudad, pudieron conocerlo personalmente. Mi madre lo adoptó como si fuera otro hijo. Siempre dispuso de ropa limpia, lavada y planchada en casa, comía en ella cuando el servicio se lo permitía, –dada su situación de privilegio era muy a menudo– y conquistó el corazón de mi abuelo, bibliófilo apasionado, al descubrirse unidos por esa mutua afición. Sólo mi hermana Adela, que salió un par de tardes con él, demostró cierto rechazo a tan súbita amistad.

A punto de terminar el servicio militar, y por tanto de despedirnos de nuestro amigo, mi abuelo no pudo resistir la tentación de mostrarle el libro más amado de su colección, un ejemplar del "Oratio pro Bertucio Lamberto", réplica del incunable veneciano de l488 conservado en la Bibioteca Alejandrina de Roma. Ignacio lo examinó emocionado, admiró las improntas lineales, las filigranas, el predominio de la "littera antiqua" sobre la gótica, y dijo que bien pudiera tratarse de un auténtico incunable y no de una reproducción. Mi abuelo, temblando de placer ante esta posibilidad y para acabar con la duda, le preguntó si conocía a algún experto honrado a quien confiarle el libro. Ignacio estimó como única esperanza el dictamen de su tío el canónigo, acreditado especialista en esas lides.

Partió, pues, Ignacio hacia su pueblo llevándose el supuesto incunable. Toda la familia quedó pendiente de sus noticias. Pasaron semanas, luego meses sin recibir respuesta a nuestros muchos escritos, al principio cordiales, después no tanto. En la última de mis cartas le amenacé con denunciarlo a la justicia. No pudimos hacerlo por negarse a ello mi abuelo. El anciano no podía creer que un tipo tan agradable, tan simpático, tan entendido, pudiera hacerle semejante fechoría, y suponía graves motivos imprevistos para justificar su silencio. Al no tener otra opción, dimos el asunto por zanjado.

Pasaron dos años. Mi hermana Adela iba a contraer matrimonio. En casa estábamos revolucionados con los preparativos de la boda. Comenzaron a llegar los regalos. Arribó uno procedente del pueblo de Ignacio. De él era también el remite. Abrió mi hermana el paquete ante la expectación familiar y apareció el libro perdido. Tenía una dedicatoria: "Para Adela, a quien nunca olvido. Un recuerdo de su admirador. (Siento que sólo sea una copia) Ignacio".

María Rosario Mohinelo

Amor irremediable e irredento

Casi sin dientes.
Es como de otro tiempo.
¿De dónde viene
la mujer que escucho?
Nos dice su verdad.
Es una letanía,
un repetido son,
una queja incesante
que al compañero acusa.
Regresa el aludido,
y continúa rumiando sus lamentos.
Él no responde.
Se aman: es evidente,
si así no fuese,
cómo sería posible
que hubiesen, tanto tiempo,
convivido.

Manuel Parra Pozuelo

Todos somos náufragos arrastrados por la marea.

Fugitivos se nos escapan los días
y la sangre más próxima.

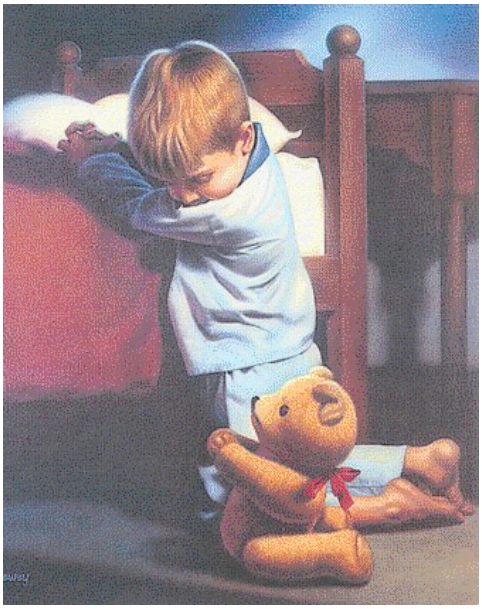
La herencia se disipa en el cielo
como una nube lejana.

Como agua derramada
entre las manos, nos escapamos,
ante la fragilidad y la impotencia.

Castigo y tortura que la humanidad
lleva consigo.

Mati Bautista

Misiva a Dios a modo de interpelación



Dios:

Yo no sé si sabes bien lo que viene aconteciendo
desde el día en que los hombres hicieron suyo el legado
de todo aquello que fuiste y todo lo que creaste.
Para mí es complicado imaginarte ahora,
aun así te presiento afable en tu entelequia, bonachón y discreto.
Dios mío, yo no quisiera
que esta modesta misiva resultara imprecación
a modo de reprimenda,
mas creo sinceramente que en algo nos fallaste;
puede que esté buscando un divino responsable
a tanta desdicha humana
o puede sencillamente que intente sólo indagar
en tus dudosas razones o en mis razonables dudas.

Delegaste en exceso;
descuidaste quehaceres cotidianos y, sobre todo,
permitiste a los hombres errar en su ignorancia,
porque, Dios, los hombres saben que tú sabes todo aquello
que en esencia se conoce, que tan sólo algunos hombres
saben aquello que pocos osarían indagar,
pero la mayoría, Dios mío, ni siquiera sabe lo que se ignora:
confunde la bondad con el beneficio,
la caridad con la justicia,
la paradoja con la falacia,
la placidez con la sumisión...

Los hombres han utilizado tu levítica prosodia
para crear un enjambre de fieles a sí mismos
cuyas humildes plegarias ya cotizan en bolsa;
son los mercaderes que, en su día,
expulsaste del templo con cajas destempladas;
actualmente controlan, desde marmóreos despachos,
el monopolio de la riqueza.

Quienes en tu nombre agitan guerras para justificar sus intereses
pretenden hacernos comulgar con ruedas de molino,
aun así, hay mucha gente que aún sigue comulgando,
dicen que por tradición, o simplemente, por pura desidia.

Muchos, te hacen responsable de aquellos excesos
que ellos mismos provocan.
Dios mío, tu única responsabilidad es haber creado hombres
tan tremendamente cargados
de fe o ignorancia (acaso sea lo mismo),
capaces de creer a pie juntillas en la evidencia
de cosas tan poco creíbles;
porque dicen que tuviste un hijo parido por una mujer virgen
y fruto de una relación con un ave
más espiritual que volandera y además dicen
que dicho hijo dejó dicho —y así nos fue transmitido—
que su padre fue Él mismo.
Que resucitó a un hombre,
que trasmutó el sinsabor del líquido elemento en vinícola esencia,
que se paseó por entre las aguas del Jordán
como si tal cosa, que a su paso,
los peces caían del cielo multiplicados y llenaban panes
por la divina benevolencia de quien pensó
que pan con pan era comida de tontos.

Dios mío, hoy eso no es concebible. Tan sólo un acto de fe
podría sustentarlo. Pero la fe es un dogma
o una treta tautológica y, como toda tautología,
absurda en sí misma.

Me despido;
discúlpame si he ofendido tu divina omnipotencia,
si en tu intangencia no hallé la suficiente certeza
de que estás en todas partes y que no estás en ninguna.
Me despido para siempre, como siempre, si Dios quiere,
es decir, si en tu indulgencia lo estimaras oportuno.
En cualquier caso, y si hubiera al final de este camino un gran juicio final,
espero que tu justicia sea en algo superior
a tu indolente apariencia y a tu fe en un ser menor.

Fco. Javier Fernández

PUBLICIDAD ENGAÑOSA

Casi he tenido que despachar rápidamente a la amiga que me ha llamado por teléfono, cuando ya salía por la puerta a coger mi coche para subir a La Laguna. Iba a buscar a mi nieto Luís, que el domingo cumple doce años y se me había ocurrido preguntarle democráticamente qué regalo quería.

A mí los regalos que me parecen más sanos para los niños y niñas son las pelotas, bicicletas, construcciones, …incluso algún que otro muñeco. Pero me pidió "Dragón Ball", un juego para accionar en la play station.

Me plegué a las circunstancias y fui a comprar el pedido. Lo típico: Me confundí de título y me vendieron algo que no encajaba en su consola. Además tenía la pinta habitual de ser una historia de constante violencia. Así que convencí a Luis para que viniera conmigo y lo cambiásemos por algo a gusto de los dos. Aunque fuera más caro.

Iba yo tan contenta por la vía de Ronda, ya cerca de mi destino, cuando al salir del túnel, levanto la vista al cielo de una tarde gris y me veo allá arriba una de esas vallas enormes con la cara de Martín Castro en precampaña electoral, junto a las siglas de un nuevo partido de derecha nacionalista.

Martín y yo, aunque él es algo más joven, fuimos mucho tiempo compañeros de viaje en las luchas de izquierdas en Sta. Cruz-Laguna, durante el Franquismo e incluso después. Me gustaba su forma de expresar las ideas. Sobrio y convincente. Incluso sus gestos físicos. La última vez que colaboramos le conseguí un montón de firmas contra la OTAN.

Todo esto pasó por mi cabeza, como una ráfaga, en décimas de segundo y, cuando volví a la realidad vial, mi coche había rozado bruscamente el bordillo de la acera derecha y cojeaba amenazante mientras empezaba a lloviznar. Paré y pude ver que la rueda delantera estaba rajada, pero lo dejé caer hasta que estuvo en la recta bajo el puente de la Verdellada.

Yo me había acordado de traer mi móvil, incluso el cargador, pues lo tenía sin batería. Todavía pude llamar a Luís para advertirlo del apuro en que me encontraba. Me gusta cumplir con los niños para que vean que se les toma en serio. Luego ya no me funcionó para la grúa ni para hablar con mis hijos.

Pensé en intentar parar algún coche para que alguien me dejara llamar, pero qué va, pasaban como rayos por allí y yo creo que ni me veían. Entonces procedí a colocar los triángulos y a ponerme el chaleco fluorescente. Con esa pinta me iba dando cuenta de que anochecía, los coches seguían sin verme, aunque se apartaban hacia el centro, y empezaba a llover más fuerte.

Debajo del puente no me mojaba. Me acordé de aquella canción de Jacques Brel sobre un músico –Le Musicien, que dormía en la noche junto al Sena, reconfortado bajo un puente le Pont des Arts–. No era mi caso. Yo empezaba a sentir frío y mis temores de pasar la noche allí no tenían ningún deje romántico. Miraba desojada los coches, por ver si alguno paraba o aparecía milagrosamente uno de mis hijos.

En esto veo que se acerca un coche de la policía. Enseguida les hago una seña y aparcan ahí delante. Es la primera vez en mi vida que me alegro de ver aparecer a la policía. No sabría decir si son estatales, autonómicos, municipales o de tráfico. Igual que un vecino mío franquista, siendo yo joven en la calle Méndez Núñez, proclamaba que anarquistas y comunistas eran de la misma calaña, yo también meto a todos los polis en el mismo saco. Me preguntan amablemente:

–Señora ¿Qué ha pasado?

–No sé por qué me resbaló el coche un poco más arriba y se fue contra la acera.

–Quizás por la llovizna –apuntó uno de los dos mirando la rueda –aquí sería peligroso cambiarla.

Les explico que tengo el móvil sin batería y ellos mismos llaman a la grúa. Tardará una media hora, pero ellos ya se marchan. No me puedo quejar, ni siquiera me han pedido los papeles.

Poco después veo venir a mi hijo, informado por Luís, al llegar de su trabajo a casa. También me pregunta el cómo y le digo lo mismo que a la policía, porque no es el momento de dar explicaciones complicadas.

Tiene prisa porque va a recoger a la niña al campo de atletismo. Aprovecho su móvil para hablar con mi hija y que me vaya a buscar al taller en Sta. Cruz, donde me dejará la grúa.

Todavía tarda un buen rato. A esas horas tenemos que dejar el coche en la calle y las llaves en el bar de enfrente del taller. Cuando llego a casa me siento casi contenta, pero bastante cansada.

Estoy cenando cualquier cosa cuando me llama mi amiga Ana, para decirme que mañana es la concentración en la Plaza Candelaria por la mujer asesinada hoy en Córdoba por su ex-marido. Ella también es una antigua compañera de viaje, pero no ha cambiado de chaqueta. Ahora sí me apetece descargar y contarle lo de esta tarde, el shock que sufrí al ver a Martín en ese cartel, que casi me cuesta la vida.

Despotricamos y hasta nos reímos. Por no llorar.

Julia Gil

Ahora que tengo 30 años

Ahora que tengo treinta años
sé que no puedo leer
todos los libros,
ver todas las películas
ni visitar todos los países.

Ahora que tengo treinta años
sé, en cambio,
cuáles son los países
que me gustaría haber visitado,
quién dirigió las películas
que tendría que haber visto
y en qué lugar de mi biblioteca
se encuentran los libros
que leeré algún verano.

Joaquín Juan Penalva

LA PARTIDA DE LA HOYA DE ELCHE



Principia la noche rural y huertana en la partida ilicitana de la Hoya.

El pueblo, que ahora está dormido, sigue guardando este camino en su descanso al que acompaña, al que arrulla, al que ama. Pues lo acoge entre sus casas de pequeñas alturas.

Mas, entre sus huertas están las heredades antiguas, que en esta noche de sombras van llenando el nocturno ambiente de esencias de sanpedros, de jazmines, de albahacas, de romeros…

Las altas palmeras, con sus curvas ramas, asemejan en sus sombras a solitarios gigantes nocturnos y dormidos. Se diría que esperan el amanecer para que éste les pinte de verde sus largas hojas.

Las cigarras hace tiempo que ya finalizaron sus cánticos de despedida del atardecer entre los bancales y las húmedas acequias. Junto a éstas reposan los secaderos de palmas, que aparecen inmóviles y que silencian su próxima recogida para salir a la ciudad, donde serán convertidas en primorosas esculturas para la festividad de las “palmas”.

Las estrellas lucen ya sus brillantes trajes en su profundo terciopelo azul.

El silencio en estas huertas es un silencio que grita. Llama a la vida. Y esta vida los protege, los alimenta, les agradece su existencia.

Esta vida dormida al amparo de esta noche, dulce de miel y de flores primaverales, dejará pasar las horas sin prisas. Porque aquí las prisas no sirven; el granado lleva su tiempo para madurar, al igual que el melonar o la tomatera.

Pero iniciará el amanecer entre los rugosos almendros su celeste camino, sonrosando su alborada, a la vez que el orgulloso gallo irá anunciando su llegada.

Los pájaros continuarán la labor de este plumífero anunciante. Y así, poco a poco, paso a paso, se levantará la mañana, entre rosales rojos y amarillos, entre frutales cuajados de alimentos, que el hacendoso y esforzado huertano irá recolectando desde los primeros rayos de sol.

Sol que con el tiempo se hará abrasador, como el calor del abrazo de un amigo al que hace mucho tiempo que no se ve y al que se echaba de menos.

Entonces, quizás el hortelano se detenga en su tarea. Justo al lado de sus lindes; y observé en la lejanía la vieja hacienda abandonada del Tío Antón.

En otro tiempo llena de alegría y de vida.

Tal vez la compre algún forastero, para hacerse un chalé, pensará el sudoroso campesino.

Luis S. Taza Hernández

RECUPERAR LA MEMORIA



Cementerio de Oviedo. Placa conmemorativa en recuerdo de los fusilados durante la Guerra Civil

Muchas veces me he preguntado, a lo largo de los años, hasta dónde pueden alcanzar los recuerdos de un niño, llegando a dudar de que las escenas que creo haber vivido no son sino el resultado de haberlas oído narrar una y cien veces. Pertenezco a una familia machacada por el régimen franquista hasta mucho después de la guerra, y las conversaciones que mantenían en casa siempre giraban sobre el mismo tema: fusilamientos, cárceles, presos... Se hablaba en voz muy baja, casi en secreto, porque las paredes podían oír.

Mi temprana edad y el tiempo transcurrido, hacen que no logre distinguir alguna imagen concreta de entonces. No obstante, me atrevería a afirmar sin miedo a equivocarme que era mi tío Manolo el que aquel día, que me esfuerzo en recordar, me cantaba una canción que decía "el conejo no está aquí...", mientras jugaba a balancearme entre sus brazos. Yo estaba sentada sobre el banco de carpintero de mi padre, en el que pasaba sus ratos de ocio al volver de la oficina, dedicado a transformar en trabajos artesanos cualquier trozo de madera que cayera en sus manos: portarretratos, pequeños cofres, y una casa de muñecas con las paredes empapeladas y las puertas y balcones que se abrían de par en par. Todo un derroche de ingenio para la escasez de materiales de la época. Todo un mundo de proyectos que culminó cuando sólo contaba treinta y tres años, cuando lo alistaron en un batallón y poco después nos dejó huérfanos a los tres hermanos.

Hoy, sin embargo, lo que quiero es recobrar aquella imagen de mi tío Manolo, la única, la de aquel día de invierno en que me balanceaba sobre el banco de carpintero de mi padre: "el conejo no está aquí..." Desde la cristalera de la cocina que daba al huerto veíamos caer la nieve, un denso manto blanco lo cubría todo.

Hoy más que nunca me empeño en rescatar de la memoria ese pedazo de infancia ligada a mi tío, porque hoy precisamente he estado en su tumba, en Oviedo, ante la

fosa común donde lo arrojaron después de fusilarlo un aciago diecisiete de febrero de mil novecientos treinta y ocho. Hoy he leído su nombre por primera vez entre los nombres grabados en el mármol negro: Manuel Sarasúa Ríos, veintisiete años, Mieres. Es todo lo que queda. De nada sirvieron las promesas que un cura le hizo a su madre, afirmando que si se entregaba serían justos con él, nada podía temer por tratarse de un hombre honrado al que él conocía de siempre. Palabras vanas que lograron convencerla. Lo que muy pocos saben es que aquella mañana, antes de que lo condujeran al cementerio, tuvo la gallardía de descalzarse y ofrecerle sus botas a un compañero, y marchar caminando sobre el hielo hacia la camioneta que le esperaba.



Han tenido que pasar más de seis décadas para que algunos de los allí enterrados recuperen al menos su identidad.

Mil trescientos treinta fueron ejecutados, como él, después de una farsa de consejo de guerra. Ciento cincuenta y cinco políticos fallecieron en cautividad. Y a las más de doscientas ochenta personas restantes las ejecutaron sin juicio previo. De entre ellas, sólo se conocen los datos de diecinueve, algunos incompletos.

Para calmar tristezas, si es que pueden calmarse, he podido leer encabezando estas cifras unas frases que parecen presidir aquel recinto, testigo de tantas injusticias:

"A la memoria de las víctimas de la represión franquista inhumadas en el cementerio municipal de Oviedo la asociación de familiares y amigos de la fosa común dan las gracias a las instituciones locales, regionales y a las personas que individualmente han contribuido a la financiación de este proyecto".

Caía la mañana cuando salí del cementerio. Y entonces recordé a Nazim Hikmet, un poeta árabe, un extraño para todos ellos, un liberal que les habría obsequiado con un poema para que lo grabaran junto a sus nombres:

> *Amigos, no nos hemos saludado ni una vez siquiera. Sin embargo podríamos morir por el mismo pan, la misma libertad, la misma nostalgia.*

Concha López Sarasúa

Labios de ébano



Cogió la cuchilla.
Se acercó a la niña.

Mujeres sin su sexo poblando la sabana.
Placeres extirpados en hembras mutiladas.
Horror entre las piernas africanas.
Ella la vio llegar con su gesto de trampa,
a una silla de mimbre la tenían atada.

Cogió la cuchilla.
Se acercó a la niña.

Adheridos al grito de la hermosa Ekao
pugnaban por fluir mil cuentos silenciados.
Ella luchó por liberar su mano
mas cayó envuelto en el sangriento llanto
un trozo de su carne sobre el barro.

Cogió la cuchilla
y amputó a la niña.

María José Arques

Las sombras me acompañan día a día

Yo sé que mas allá de mi presente
hay un futuro aciago que me espera,
voy soñando hacia él y voy ligera,
desmembrada en el tiempo de repente.

Obstinados en polvo cuerpo y mente,
ya me siento morir, soy calavera,
y aunque todos me ven viva por fuera
muerta por dentro vivo lentamente.

Las sombras me acompañan día a día
y penetran hambrientas en mis venas,
rezumando más sombras a mi vida.

El silencio es testigo todavía
de cierta oscuridad clara en mis penas
que me hunden en un pozo sin salida.

Lucía Espín

DON ALGUIEN

Juan Arriero Horizontes es un hombre como los demás. Ni muy alto, ni muy bajo, ni Adonis pero tampoco adefesio. No aparenta gordura aunque tampoco una masa muscular escapada de largas sesiones gimnásticas en instrumentos de tortura. Inteligencia, la mediana. No para incluirlo dentro del club de los elegidos del coeficiente 150.

En cuanto a la apariencia física, el Arriero o Arrierito, como lo "bautizaron" tiempo atrás sus amigos, no sobresalía del común por unas características muy determinadas que lo elevaran para bien o para mal del resto. Altura: 1,71 metros, peso 82 kilos, piel ligeramente oscura, ojos redondos y de iris marrones bajo una frente despejada, brazos algo alargados respecto al tronco y piernas simétricas pero alicortas de acuerdo a su estatura.

A la altura de sus 42 años, Juan sabía de sobra que no pasaría a la Historia de la Humanidad por ningún hecho especial. Al contrario, caminaría de puntillas como la inmensa mayoría de los que posan sus pies todos los días en este planeta. No sería

inventor, descubridor o científico que con sus trabajos lograse erradicar alguna de las enfermedades que amedrantan el corazón de sus semejantes.

En absoluto se convertiría en un escritor de éxito, fama entre los colegas y prestigio, que un buen día recogiese un premio de categoría nacional o internacional entre señoras embutidas en lentejuelas y pamelas y señores de frac almidonado, sonrisas y palmadas lelas con reverencias forzadas. Ninguno de sus escritos engrosaría las listas de los más vendidos o sería incluido en un manual de obligado estudio en institutos y universidades.

Nunca acometería una gesta deportiva de renombre, inscrita en letras de oro en los anales del periodismo. No alteraría el rumbo de nación alguna con sus decisiones políticas que vendrían reflejadas en los libros de Historia per secula seculorum. Éstos eran sus sueños. La realidad bien otra. "Éste eres tú, Juan. Un tipo corriente y moliente. Del montón. Uno más que paga sus impuestos, cotizante a la Seguridad Social, con un número en el carné de identidad, curra como un cabrón entre semana y descansa sábados y domingos y poco más".

En la ficha que a todos nos hacen cuando trabajamos en cualquier sitio o en los dosieres policiales de los sospechosos vendrían los siguientes datos de su biografía:

Nombre: Juan Arriero Horizontes

Natural de Villapalacios, provincia de Ciudad Real. En la actualidad residente en Madrid, calle Lopenitos, 10, 1º Dcha.

Estado civil: Casado con Edelmira Requejo Chozas. Dos hijos. La mayor, Elena de 6 años y Gustavo, el pequeño de tres años.

Profesión: Comercial del ramo de la Hostelería en la empresa Servimar desde hace quince años. Hasta el momento no ha subido en el escalafón profesional pues no tiene dotes de líder de grupos ni estudios de mercadotecnia aplicada. Informática básica. Inglés a nivel de usuario.

Total, nueve líneas para definir una vida, la suya, que si no la más importante en la historia humana, era la que más conocía y la que más le interesaba. A Arriero le hubiera gustado ser un hombre más alto, atractivo, sugerente a los ojos de las mujeres. Ser ingeniero. Hacer proyectos de envergadura. Respetado y admirado por sus colegas de profesión. O bien un escritor de deslumbrantes y esclarecedoras obras científicas, tener una compañera despampanante y quién sabe si una querida en cualquier apartamento clandestino.

Su vida, en cambio, no tenía un asomo de coincidencia con sus sueños. Se levantaba a eso de las 7 de la mañana y repetía con mecánica precisión los gestos del guerrero antes de empuñar la espada-cartera y empezar la batalla de cada día. Apagar el maldito despertador que cada matinada se reía de sus obligaciones laborales, ducharse, lavarse los dientes, perfumarse, ponerse la chaqueta, corbata, pantalón de vestir a rayas, desayunar y salir a conquistar la calle, cada vez más dura, a cada momento más puta. La competencia en el ramo de la alimentación era feroz. Colocar sus productos en las tiendas y supermercados se antojaba una conquista digna de todo elogio. Que si ha venido un colega tuyo y me ofrece el salami a mejor precio con garantía de devolución si no me gusta. Que ahora la cosa está muy achuchá y tienes que esperar a que pueda pagarte.

Las cosas no iban bien en el trabajo y lo peor es que ya no sentía ilusión por lo que hacía. A veces, cuando saltaba a la calle de madrugada y veía el batallón de trabajadores durmientes que se desperezaban del sueño reparador, se preguntaba cuántos disfrutarían de sus ocupaciones y profesiones y cuántos sólo sobrevivían, como él mismo se veía en ese momento. A esas primeras horas de la mañana también cruzaba por su magín la idea de cuántos hombres insatisfechos con su vida familiar se tropezarían con él.

"¿Soy yo un hombre insatisfecho con mi trabajo y mi vida familiar? Cierto es que me he casado tardíamente. A los 35, cuando la mayoría de mis amigos, primos y vecinos ya dieron el sí en el altar. ¿Pero esto es positivo o negativo? Conozco a

muchas y muchos que han roto sus lazos antes de ingresar en la cuarentena. Cierto es que conquisté a Edelmira más que nada por agotamiento. Un año entero detrás de ella hasta que un venturoso sábado, ella llamó por fin y me propuso salir a cenar. Ahí empezó nuestra historia. A la vuelta de dos años nos casamos y nos metimos en este maldito préstamo hipotecario variable, según el MIBOR, que nos come cada mes los ingresos y nos provoca tantos quebraderos de cabeza. Y luego está nuestra relación sexual. Al principio, de novios, maravillosa. Perfecta. Nos buscábamos y nos encontrábamos. El coche o el apartamento de verano de sus padres eran el punto de unión. Sentimental y carnal. Una vez casados, nuestras uniones siguieron fuertes y pasionales pero luego... no sé qué pasó. Sí, quizás la presión por pagar las letras, el coche nuevo, la monotonía de no buscar más en nuestros cuerpos, la llegada de los hijos y uno relegado a un segundo nivel. Total mi vida y mi trabajo no van como me gustaría y creo que ya es tarde para volver atrás..."

Juan Arriero se acostó como cada noche en el lecho conyugal, tras llegar de la competitiva calle. Se despojó del sudado traje, tornó a ducharse, cenó un buen bocadillo de calamares con mayonesa, vino tinto del pueblo. Vio la ración de telebasura nocturna, se acercó a la habitación de los niños y depositó un beso de amor paternal en la frente de cada uno de sus infantes. Entonces fue a acostarse con su mujer, de culo el uno frente al otro, con el rutinario "Buenas noches" y "Hasta mañana". A la altura del tercer sueño, una sombra rojiza, aleteante, fantasmagórica, surgida de no se sabe qué alegoría irreal se definió en su duermevela.

–Hola, Juan. ¿Sabes quién soy yo?

–El fruto de mis pesadillas nocturnas. No existes en realidad.

–Te equivocas, Arriero. Soy aquel que viene a ofrecerte la escapatoria al sueño agrio de tu vida para mostrarte los destinos de la realidad que anhelas vivir.

–¿Qué dices?

–Vives una vida que no te gusta. Te propongo cambiar. Soy el Tentador. Vengo a hacer real tu sueño irreal. Acompáñame.

En aquel momento, el ángel caído le tomó del brazo y Horizontes pudo observar mejor el rostro de aquella presencia tan extraña. No era un hombre pues de sus omoplatos surgían unas alas rotas, el cuerpo recubierto de escamas rojizas, los ojos de un raro fulgor anaranjado y las manos, nervudas y vellosas, y el pecho todo musculado. Juan sintió que su cuerpo atravesaba distancias, océanos, continentes hasta llegar a la cúspide de una empinada montaña de cristal con vaharadas de incienso y otras hierbas aromáticas. Como si hubiera recorrido miles de kilómetros sin salir de su habitación.

–Mira. Aquí tienes el panorama de la vida que querrías para ti. A la derecha el ofrecimiento de halagos, recompensas, prestigio, proyección social, dimensión histórica. ¿Qué quieres ser? ¿Científico, historiador, estadista, líder de masas? ¿En qué época deseas vivir? A tu izquierda, las mujeres que seducirás y tendrás a tus pies. De muchos países, diversas razas. Todas a tus pies. En el centro, tu destino soñado en la historia de los hombres y montañas de dinero en el que nadarás.

–Todo esto, ¿a cambio de qué? –bien sabía Juan que nadie daba nada por nada y aquello, como buen comercial que él era, tendría un precio.

–Has de renunciar a tu vida pasada. Padres, familiares, mujer actual, hijos, rincones de la infancia y juventud. Yo te diseñaré una vida a la medida de tus sueños.

Juan Arriero Horizontes recordó en aquel preciso momento a su mujer, dormida junto a él, ignorante de aquel cruce de caminos. Los besos, abrazos y caricias que habían vivido juntos. Los hijos que nacieron al amparo de su amor. Su infancia feliz en Villapalacios, con sus padres, abuelos y hermanos. Su madurez y las partidas de mus con sus amigos en el bar Caribe. Los viajes a la playa. Su vida de hombre corriente.

–¿Qué, Juan, cambias tu sombría vida por el paraíso que te ofrezco?

–No, creo que no.

–¿Acaso no es éste que ves tu sueño?

–Ya no. Prefiero mi vida vulgar y cotidiana. Mis ilusiones rutinarias. El beso de mi mujer cada tarde, los abrazos de mis hijos, los viajes al pueblo de mis padres, las charlas en el bar con los amigos, aguantar a mi jefe. Quédate con tus maravillas.

El Tentador se esfumó enojado y Juan soltó un suspiro de alivio. Había vencido al precio de saber que siempre sería el hombre corriente que nunca quiso ser. Aquella noche empezó a vislumbrar que él no cambiaría nada en la Historia de los hombres. Sería siempre el hombre anónimo para el resto de sus congéneres pero el mejor marido para su mujer, el perfecto padre para sus hijos, el amado hijo de sus padres, el enorme amigo de sus amigos y aquella era su recompensa y virtud en la tierra que pisaba todos los días.

Francisco Gómez

El paraíso literal

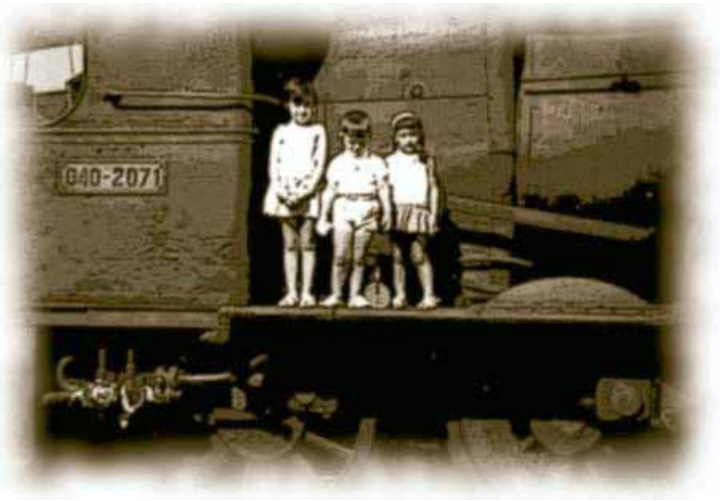
Brilla sin anunciarse.
Apenas hace falta alzar la vista.
Es un ofrecimiento
que la vida nos hace silenciosa
esperando que sean dignos ojos
y digna la alegría.

Sencillamente azul dentro del pecho:
qué dicha haber llegado
al lugar donde estaba.
Hoy quisiera
no añadir una coma
al cielo literal de cada día.

Andrés Neuman

Improbables fotografías

Para Clara
Para Julia.
A ambas, juntas y por separado.



Volver a la vida y entristecerte
es la misma cosa,
ese es tu dolor sobresaliente.
Y tú tienes cuentas pendientes con el dolor,
con el deseo
que es el dolor del espíritu
como dicen esos filósofos asépticos.
Volver a la vida, volver al deseo
y entristecerte,
admirar la belleza tan joven
y tan lejana,
sentir melancolía ante la partida
de cualquier tren,
acudir ansioso a la despedida ferroviaria
como un niño antiguo,
como una punzada febril,
administrar los latidos de un corazón difamado.
Volver a la vida
con la esperanza y celebración
de una ficción abstrusa
y al tiempo entristecerte
es la misma cosa.
Soñar con improbables fotografías.

Carlos Cebrián

A Rafaela Lillo

(Por su libro *La Semilla del tiempo)*

La semilla del tiempo. El germen vivo
de la noche, del mar, de los recuerdos.
Un corazón, del que escaparse quiere
una mujer, mirando está a lo lejos
el horizonte, donde el mar no olvida
sus brillos, sus nostalgias, sus reflejos.
Y piensa, mientras mira el mar, en cosas
que pasaron un día, que un día fueron.

Como es imposible todo olvido
el olvido se pone macilento,
turbio el dolor al transcurrir la vida,
largo el paisaje que los ojos vieron,
y duro andar por todas las veredas
y sendas y caminos del silencio.

Como un naufragio es toda la tristeza
que solloza en la noche contra el viento,
mas la memoria aún regresa al mar,
aunque no haya respuesta en el espejo
a las francas preguntas de la lluvia,
a los árboles llenos de misterio.

Oye una voz, y sólo ella la escucha,
desde el fondo del útero del tiempo,
desde el cristal de sólo su memoria:
la flor de la mimosa en el sendero,
gotas de lluvia de un agosto antiguo,
el miedo o la esperanza descubiertos.

El mundo es un mosaico de promesas.
Algunas casi nunca se cumplieron,
pero hay primaveras y veranos,
y hay otoños e inviernos
y da cada estación lo que ella tiene
de hermoso en sus graneros.

Siempre queda el amor en la memoria,
la semilla del tiempo
de la que habla Rafaela Lillo
con su equipaje al hombro de los sueños
y de las esperanzas revividas
que alguna vez vivió, que una vez fueron.

Francisco Alonso Ruiz

TRAS LOS PASOS DE LOS HIJOS DE BREOGÁN

La viajera se interna en la espesura. Tojos, retamas y zarzas bordean el camino que la lleva a la rueda del Castro de Baión. Los pinos *zoan* en rumores melodiosos. Se oye el graznido de las pegas y el zumbido de miles de insectos, y entre la maleza huyen pequeñas alimañas que se esconden de la intrusa. La ascensión es penosa. Le late con fuerza el corazón y el olor intenso de la floresta llena sus pulmones. Se detiene de vez en cuando para descansar y escuchar el vivir del bosque. Piensa en los antiguos habitantes castreños que buscaban estos lugares inaccesibles para asentar sus poblados. Sigue el litigio de si los castros fueron fundados por los celtas o por los oriundos, tribus numerosas, que poblaban estas tierras antes de su llegada.

Los estudiosos de la prehistoria gallega exponen mil teorías. Una de ellas es que antes de la venida de los romanos, llegaron hasta Galicia, a través de Lusitania, unos celtas que, al no encontrar lugar, se trasladaron hacia el norte llegando a esta región donde fueron acogidos por los naturales adoptando sus costumbres, dando lugar a una cultura muy especial. La viajera sigue la senda empinada hasta la rueda. Se preguntará el lector qué es la rueda. Los castros están situados en montes escarpados coronados por grandes bloques de granito. Estas moles, de caprichosas formas, eran objeto de adoración, desde donde se honraba a los dioses y a los hombres, que se cobijaban bajo su protección. Entre ellas se encontraba la piedra volandera, una gran losa que la naturaleza había colocado en horizontal y apoyada sobre otras, y que se movía al pisarla en determinado punto. Al hacerlo, el susto te encogía el corazón, porque tenías miedo a caer por el precipicio que se abría a tus pies. Son experiencias de cuando era niña. Más abajo de este gran promontorio de rocas desde el que se domina el entorno: el llano con el río y otros castros en la lejanía, se encuentra una explanada, formada por la mano del hombre, que rodea la cumbre, en todo su contorno, donde se supone se asentaban las viviendas. Esta zona es a la que se llama la rueda. La visitante está sin aliento, y anda por la planicie rodeando el picacho. A pesar de la vegetación tupida que cubre el llano, se ve que la montaña fue excavada hace miles de años, dándole esa forma. En los pocos castros en los que se exploró, es esta la zona donde se encuentran objetos de la Edad de Piedra y del Bronce.

Del castro pasa su pensamiento a la mítica historia de los celtas. Somos hijos de Breogán. ¿Mito o leyenda? Según los monjes irlandeses del siglo XI, Breogán, hijo de Brath, es el padre de Galicia. Rey y jefe de un gran pueblo, su historia es recogida por los libros "Lebor Gábala Erenn" y "El Leabha Gabhala", estos cuentan las tradiciones irlandesas de sus invasiones y constituyen los más antiguos testimonios que existen de la estancia de los celtas y de su asentamiento en Galicia. En ellos se narra cómo el rey Breogán funda Brigantia, la actual Coruña, en donde construye una torre desde la que ven en lontananza una isla muy verde. Breogan manda a su hijo Milé con una importante flota y a los más aguerridos de sus guerreros. Así los celtas conquistan Irlanda. Se cuenta, en esas crónicas, que estos invasores proceden del "mar de los muertos"*, Costa da morte,* y de una tierra a la que llaman Galeg o Gal-iza, que significa "*mujer vieja, o diosa madre".*

El pensamiento romántico del siglo XIX, encabezado por el bardo Eduardo Pondal y el estudioso e historiador Manuel Murguía, marido de Rosalía de Castro, insiste en la procedencia celta del pueblo gallego, en sus características únicas, en sus tradiciones, en su lengua..."*/ Do teu verdor cinguido / e de benignos astros / confín dos verdes castros / e valeroso chan, / non des a esquecemento / da inxuria o rudo encono; / desperta do teu sono, / fogar de Breogan /."* Esta es la segunda estrofa del himno gallego, letra de Pondal. Piensa la viajera que esta nostalgia, el gusto por lo lírico, el

amor por el terruño de los gallegos, su alma viajera, que nos hacen tan diferentes, son reminiscencias de aquellos soñadores. Los árboles, principalmente el roble, las piedras, de los que son habilidosos talladores, el fuego, las fuentes mágicas, son personificaciones de sus dioses. El sol, la luna y las estrellas, guardianes del misterio y de los seres protectores y malignos que se esconden en las nieblas de los bosques:

Nos veremos al anochecer junto al fuego, debajo del roble, mientras el búho ulula bajo el cielo lleno de estrellas y el lobo aúlla en el bosque cercano.

¡Qué Lugh te proteja!

Los celtas consideran a Lugh el dios del sol, o dios de dioses, o el dios que ve lo oculto. Estos rituales se pierden entre leyendas. Recuerda que cuando viajó por Mougás, en plena costa bravía, de Bayona La Real a la Guardia, los lugareños le hablaron de un altar de sacrificios al sol, que se encontraba perdido en la maleza del monte y desde el que se ve morir el sol en el océano, en las aguas sin fin del Atlántico. El lugar, agreste e impracticable, forma un altísimo farallón que cae sobre la costa acantilada y espumosa del mar bramante y furioso. Tiene mucho significado para inmolaciones cruentas. Y la belleza salvaje del conjunto le confiere a las creencias panteístas de los celtas una realidad.

Su cultura no se trasmitió por escrito. Aparecen petroglifos con rasgos y figuras de los que aún no se encontró la clave. Su historia es oral. Aficionados a la poesía, a la música y a las danzas, su tradición llega hasta nosotros. En los *fiadeiros* era común el baile y la agudeza del cuento y de las réplicas. Se improvisaban rimas que tenían que ser contestadas con habilidad. Los *fiadeiros* eran los lugares en los que se reunían las mujeres a hilar y a los que acudían los hombres a hablar, a mostrar su ingenio con los versos, a bailar, a tocar la gaita o el pandero, y a enamorar a las mozas.

La viajera sube a la cumbre y se sienta en la piedra *voandeira,* que oscila bajo su peso, piensa en su pasado: es hija de Breogán.

Deja que tu dulce morada se ilumine con el brillo de las estrellas y la melancólica luz de la luna y que el gran sol derrame sobre ti sus esplendorosos rayos cuando le temas a la permanencia de la oscuridad y del mal.

Acepta que la tierra te acoja en su seno, que el serpenteante viento acaricie tu rostro, que las aguas purifiquen tu cuerpo y tu alma, mientras el fuego te seque con su poder divino.

Sólo entonces vivirás en tranquilidad con la naturaleza, porque es la única conexión que tienes con tus antepasados y tus antepasados son la herencia de lo que eres.

La íntima conjunción con el agua, las plantas mágicas y las flores dejadas al rocío de la madrugada, del solsticio de verano, a la salida del sol, bañar la piel desnuda con el agua perfumada. Es una oración silenciosa de renovación y profundo éxtasis de amor. En la víspera del veintitrés de junio se recogen ciertas plantas y flores para esta ceremonia. La viajera con nostalgia recuerda el momento.

¡*Fillos de Breogán*¡ "Nación de Breogán", así queremos ser: Galicia nación de Breogán. ¿Qué harán los políticos? El alma del gallego, la vieja madre tierra lo vive y lo sienten sus hijos.

El sol tamizado en un mar de nubes tenues, coloreadas por el ocaso, se pierde entre los pinos que *fungan* en la pendiente:

¡Cómo suenan los pinos cuando los quiero escuchar! Suenan en dulce armonía, suenan en rítmico compás, suenan y suenan, y no los puedo explicar.

La viajera vuelve al camino para seguir por las rutas invisibles de la madre tierra.

Airam Lebasi

MUJER SIN EDÉN

En recuerdo de Carmen Conde en su Centenario



Carmen Conde

El próximo 15 de agosto se cumplen cien años del nacimiento en Cartagena de Carmen Conde Abellán, una de las más prolíficas escritoras en lengua castellana, más de cien libros publicados, y una de las mejores poetas del siglo veinte. A lo largo de su vida, desarrolló una continua y variada producción literaria compuesta por poesía, novela, libros infantiles, ensayos, guiones para la televisión, autobiografía, biografías, artículos periodísticos, y fue galardonada con importantes premios, como el Elisenda de Moncada (1953) por la novela *Las oscuras raíces;* el Internacional de Poesía Simón Bolívar (1954) por *Vivientes de los siglos;* el Nacional de Poesía (1929-1966), otorgado a su *Obra Poética;* el Benito Pérez Galdós de Periodismo (1979); el Ateneo de Sevilla (1980) por la novela *Soy la madre*; el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil (1987) por *Canciones de nana y desvelo;* y el Doncel de Teatro Juvenil (1961) concedido a la obra *A la estrella por la comedia.*

Carmen Conde estudia Magisterio y se licencia en Filosofía y Letras. En 1931 se casa con el poeta Antonio Oliver, y juntos, al año siguiente, fundan y dirigen la Universidad Popular de Cartagena, gratuita y orientada a beneficiar a las clases menos favorecidas. Allí se desarrollaban cursos, conferencias y otras actividades culturales a la que era invitada la intelectualidad del momento. Destacamos, por su cercanía, la intervención, en 1932, de Ramón Sijé, en la que desarrolló una conferencia sobre *Perito en Lunas,* de Miguel Hernández. En el mismo acto, el poeta oriolano recitó su poema, *Elegía media del toro,* acompañado de un cartelón romancero de veintidós dibujos, pintado al óleo sobre lienzo por su amigo, también natural de Orihuela, Francisco de Die.

En 1978, Carmen es elegida Académica de la Real Academia de la Lengua Española, teniendo el honor de ser la primera mujer en acceder a este puesto. Ocupó el sillón K hasta su muerte, acaecida el día 8 de enero de 1996. Unos años antes de su fallecimiento dispuso en el testamento donar la totalidad de su obra literaria y la de su marido, fallecido en 1968, a su ciudad natal, Cartagena, así como su archivo, su biblioteca, y los enseres y el mobiliario de su último domicilio. Gracias a este legado, la ciudad que la vio nacer, pudo abrir un Museo y crear el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, que pueden ser visitados en la actualidad.

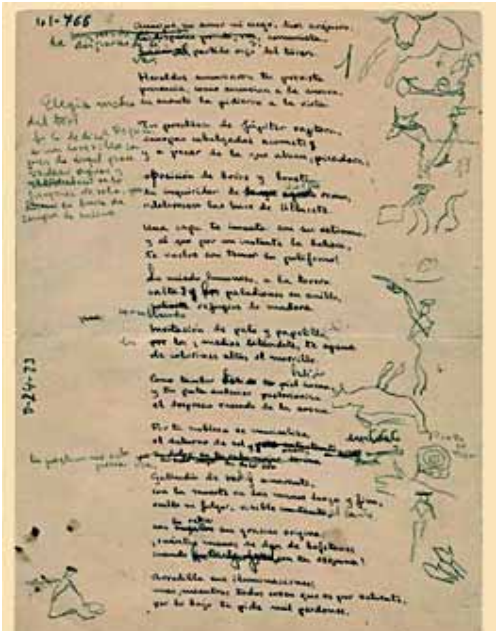
El próximo 15 de agosto se cumplen 60 años de la publicación de una de sus obras poéticas más emblemáticas, considerada por la mayoría de la crítica como su obra cumbre: *Mujer sin edén*[1]. Este libro, séptimo título de la autora, vio la luz en los

[1] CONDE, CARMEN. *Mujer sin Edén.* Ediciones Torremozas. Colección Torremozas nº 210. Madrid, 2007. Todas las citas que aparecen en este trabajo van referidas a la presente edición.

Talleres Gráficos de Ediciones Jura de Madrid el 15 de agosto de 1947. La Editorial Torremozas lo publica en 1972 con el número 25 de la Colección del mismo nombre, y lo reedita este año, en conmemoración del centenario de la autora.

Este trabajo se centra en este libro, en los pensamientos que su lectura me ha sugerido acerca de la mujer, de su herencia a lo largo del tiempo y de su destino.

Mujer sin Edén, a pesar de su contexto religioso y bíblico, a mí me ha parecido un libro de reivindicación, de queja y de protesta; un libro en el que Carmen Conde, apoyándose en la leyenda del Edén, y entre líneas, (hay que tener en cuenta la situación de ostracismo y censura por la que pasaba España en 1947), trata de evidenciar el contraste entre el valor intrínseco de la mujer y la situación en la que tradicionalmente la sociedad y la Iglesia la han situado. Quizá habría que recordar el momento histórico que le tocó vivir. España, una década antes de la publicación del libro, estaba enzarzada en una fraticida guerra civil. Al concluir ésta y, en contraposición a los años inmediatamente anteriores correspondientes a la Segunda República, campo abonado para el crecimiento, desarrollo y logro de novedades y reivindicaciones sociales, se instaura un régimen que abre para la nación una época de supervivencia y oscurantismo que se manifestaba en muchos ámbitos de la vida. Comienzan los años de la posguerra, tiempo en el que todo está racionado o restringido; etapa histórica caracterizada por un espíritu restrictivo y represivo que se proyecta en la esfera política, religiosa, social y personal, y que influye, de forma directa y decisiva, hasta en la relación de los sexos.



Cartelón romancero. Francisco de Die

Mujer sin Edén está estructurada en Cinco Cantos y, ya desde el poema inicial del Primer Canto, a partir de su séptimo verso, la mujer, personificada en Eva, comienza a cuestionarse lo que pasó en el Edén, y se pregunta de quién es en realidad la culpa que a ella se le achaca y por la que va a ser desterrada del Edén junto con el hombre:

Quién era de nosotros el culpable:
la bestia que indujo a mi inocencia;
Aquel que me sacó sin ser yo nadie
del cuerpo que busqué, mi patria única. (P. 27)

Eva ha sido creada de una costilla de Adán para que no esté solo; existe porque Adán existe. Ella no procede directamente de Dios, sino del hombre, y a ese hombre necesita volver; a la carne de su carne:

No soy sustancia de Dios pura.
Hízome Él del hombre con su carne,
y allí quise volver; hincarme dentro. (P. 27)

Más adelante, la mujer censura al Creador por su ira, por su severidad y sus celos;

¡Oh Dios de ira, cuán severo
que fuiste tú conmigo! Me arrancaste
del hombre que pusiste entre las fieras.
¿Por qué te sorprendió que le buscara;
por qué tuviste celos de mi lucha
por ir de nuevo a él...? (P. 28)

A continuación lanza a Dios una queja; una exclamación de protesta que es fácilmente extrapolable a la actitud que la Iglesia ha mantenido respecto a la mujer desde el principio del cristianismo hasta nuestros días, al responsabilizarla de los males de la humanidad y señalarla como fuente de tentaciones para el varón.

¡Siempre tus ángeles
blandiendo sus espadas!
Lujuria, Fuego,
en árboles y en puertas que me aúllan.
Cólera rugiente entre tus barbas,
miraste mi creación junto a la tuya…,
¡ Los seres se fundían unos en otros; (P. 28)

Sigue la queja de Eva (Varona es llamada por la serpiente, ya que del varón ha sido tomada), ante la incomprensión de su sino. Y se pregunta dónde está la libertad del ser creado, dónde su voluntad; por qué hizo Dios a la bestia, por qué la abandonó a ella y la dejó sola ante la serpiente y el manzano. Eva sabe que ha de morir, que no es ya eterna, y parece aceptarlo.

El Segundo Canto comienza con la primera noche fuera del Paraíso. La tierra se extiende ante sus ojos, inmensa. Se han quedado solos en esta inmensidad. Solos el hombre y la mujer, sienten *Frior de soledad* ante una noche que no conocen. *Ululan los lobos,* husmean las hienas y los chacales. Se conciben desoladamente solos para arar una tierra seca, pedregosa e ingrata; solos y marcados para siempre por la maldición:

Multiplicaré tus dolores y preñeces,
con dolor parirás los hijos;
a tu marido será tu deseo,
y él se te enseñoreará.
Mas tú, hombre, del árbol no has de comer. Maldita
será la tierra por amor de ti.
Con angustia comerás siempre de ella
cuantos días tengáis por delante (P. 39)

Estos versos, sacralizados por el Génesis, tienen su importancia, ya que suponen la legitimación divina de los distintos roles de los sexos: Dios condena al hombre a luchar contra todas las asechanzas y peligros de la tierra, si quiere sobrevivir; pero a la mujer, por su actitud inductora, la encadena a una maldición mayor; y así, además de padecer las mismas enfermedades y miserias que el hombre, la supedita a él y a los hijos que parirá con dolor.

Eva se angustia ante la inmensidad del mundo *inacabable;* ante la tierra *desnuda y agria* que han de arar y roturar y sembrar y recolectar, sufriendo sequías, huracanes, inclemencias, dolor por los hijos. Se preocupa ante la incertidumbre de los años que han de llegar detrás de ellos. Reconoce la dureza del trabajo, la realidad de la muerte, y también por primera vez se reconoce maldita:

¡Oh siglos de labranza, hombre que empiezas
llevándome a tu lado para secar tu frente!
¡Oh maldita de Dios yo: tu oscura hembra
ha de parirte tumbas, los impuros manzanos! (P. 42)

Pero mantiene su queja, un reproche que parece trascender de ella hacia un tiempo histórico:

¿Qué es el tiempo ante Ti, qué son los truenos
que blandes contra mí cuando me nombras?
Pavor siento a tu idea, te veo hosco
mirándome en la lumbre de tu Arcángel.
……..…..
Soy la nada, soy de tiempo, soy un sueño...
Agua que te fluye, hierba ácida
que cortas sin amor...
Tú no me quieres. (P. 49)

A partir del aquí y sobre todo en el Canto Tercero y Cuarto, Eva y Adán son ya la mujer y el hombre genéricos, situados en la historia. La mujer vive el Diluvio y se pregunta si, a partir de entonces, va a comenzar una tierra lavada de impurezas; si Noé, perdonado, dará lugar a generaciones libres de culpa; si la mujer se verá por fin libre. Pero no, sobre ella sigue recayendo la ignominia, y Dios continúa permitiendo que sobre su rostro y su nombre se cometan las mayores atrocidades. La mujer es ahora Agar, o Sara; la hija y la mujer de Lot; y también María, la Virgen, madre sufridora a pesar de su excepcional destino.

Dime ahora, Señor: ¿por qué me convertiste
en estatua de sal cuando volví los ojos?
¡Nunca admites, oh Dios que yo quiera saber!
……..…..…..
Si soy Sarah, perdonas. Si soy Agar, ayudas.
Si la hembra de Lot, no perdonas que mire.
Y me dejas que yazga con un padre embriagado
y no escuchas mi voz, que es un cardo sin flores. (P. 73)

El libro acaba en el Canto Quinto con una serie de preguntas formuladas por la mujer, rebelde ante su sino, que se inician con una dura interpelación: *Señor, ¿Tú no perdonas?* (P 100), y con una suplica:

Pues soy vieja Señor. ¿No escuchas cuánto lloro
cuando el hombre, dormido, me vuelca su simiente
porque Tú se lo ordenas sin piedad de mi duelo?
¿No ves mi carne seca, mi vientre desgarrado;
no escuchas que te llamo por bocas estalladas,
por los abiertos pechos de niños, de mujeres?...
¡En nada te ofendieron, sino en nacer! (P. 101)
……..…..…..
Tan vieja..., tan cansada...Espuelas que me rajan
son las piernas del hombre. Líbrame de ese yugo.
No puedo amarle más ni enterrarle. No cabe
ni yacente ni vivo sobre la tierra negra.
Porque Tú perdonaras, porque al fin olvidaras. (P. 102)

En *Mujer sin Edén* se pueden espigar también otros temas: la belleza, la sensualidad, el amor, el odio de Dios trasladado al odio entre los humanos, la injusticia, la vejez, el temor al destino, cierto panteísmo y, sobre todo, abundante simbología religiosa...., pero a lo largo de sus Cinco Cantos, subyace la rebeldía de la mujer por la maldición divina; por ese castigo que la lleva a sufrir la humillación y el sometimiento al varón, la indefensión y la ignorancia; por la herencia de injusticias que ha supuesto su culpa. Y junto a esta rebeldía, surgen sus preguntas, dirigidas a aclarar una situación que ni cree merecer ni comprende.



El pecado original. Pintura mural, Museo del Prado

Es imposible, después de leer este libro, no recordar testimonios, frases, consejos, sermones, cartas, textos literarios, en los que queda muy claro el destino y el lugar de la mujer en la sociedad. Los primitivos Padres de la Iglesia, apoyándose en el Génesis, siempre vieron a la mujer como una asechanza sensual y maligna que amenazaba al hombre. Así, San Pablo conmina en su epístola a los efesios: *Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia... y como la Iglesia está sujeta a Cristo,* epístola a Timoteo: *La mujer aprenda en silencio, con plena sumisión. No consiento que la mujer enseñe ni domine al marido, sino que se mantenga en silencio, pues primero fue formado Adán, después Eva. Y no fue Adán el seducido sino Eva, que, seducida, incurrió en la trasgresión. Se salvará por la crianza de los hijos, si permaneciere en la fe, en la caridad y en la castidad...*[2] Ya en un tiempo más cercano, sería interesante recordar la influencia que ejerció, en la España de Franco, la Encíclica *Casti Connubii,* promulgada por el Papa Pío XI el último día del año 1930, ya que la relación de los sexos, a partir del año 1936, estuvo estrechamente determinada por las directrices que se desprendían de ella. Los mensajes transmitidos insistían principalmente en la virginidad femenina, la sublimación de la maternidad, el deber procreador, la inferioridad de la mujer y su consiguiente dependencia del hombre, los peligros de la carne... Es cierto que estas normas doctrinales no eran nuevas. Se basaban en los mismos consejos, pautas de conducta y advertencias que encerraban las Sagradas Escrituras, las Cartas de los Apóstoles, las enseñanzas de San Pablo, San Agustín o Santo Tomás, el Concilio de Trento..., y que habían marcado tradicionalmente las reglas sociales e individuales de la relación entre los sexos, al sacralizar, divinizar y determinar las conductas frente a la castidad, la virginidad, el matrimonio, las características de la mujer y el papel de ésta en la sociedad y en la familia. Por eso, frente a directrices de la índole de: *La aptitud para la maternidad no es un don renunciable; es una cualidad intrínseca a la naturaleza de la mujer, que es preciso conservar y cultivar para que, cumpliendo con su fundamental misión en esta vida, pueda disfrutar de los únicos goces reales que ésta puede ofrecerle y merecer los de la otra*[3], comunes en la época y aireadas desde medios propagandísticos políticos, literarios y religiosos, Carmen Conde pone en boca de la mujer, de la mujer prototipo de todas las mujeres, una queja angustiosa y trascendente; un grito de rebeldía:

¡Oh tu castigo eterno, tu maldición perenne:
brotar y aniquilarme lo que brotó a la fuerza,
porque un día yo quise que el hombre por Ti hecho
repitiera en mi cuerpo su estatua, tu Figura.
¿Sembrando he de seguir, pariéndote más hombres
para que todos maten y escupan mis entrañas... (P. 101)

Rafaela Lillo

[2] FALCÓN LIDIA. *Mujer y sociedad.* Editorial Fontanella. Barcelona, 1969, pp 37 y 38.
[3] NÚÑEZ CLAVERO. A. *Antes de que te cases. Un texto de formación prenuncial*. Valencia, 1960

Cuando me aúlla la pena



Cuando me aúlla la pena
recuérdame;
es porque no encuentro el rastro
del viento que me agita.
Recuérdame viento,
que este día no termina
con un muerto que se apaga,
recuérdame, viento galopador de mi alma,
que en mis arterias se esconde
el hálito inmortal de la alegría.
Cuando me aúlle la pena,
has de venir a mis huesos ateridos
a relinchar en su médula cautiva,
en las cavernas oscuras
de mi apenada osamenta.
Quiero escuchar, viento, que me trotas,
has de tañer mi mineral castillo,
para gritar que la muerte es sólo un salto,
un instante de cadenas,
un estallido metálico,
sólo un pasillo.
Y son tantas las estancias,
los dormitorios,
tantos los salones y sus vidrios,
que en el pasillo olvidamos dónde fuimos,
y en el pasillo olvidé a dónde vamos.

Julia Díaz Climent

Mar, Amor, dime tu secreto.

Eres sosegado y agresivo,
cruel y acogedor,
purificador del espíritu,
diferente y el mismo.

Mar, Amor, dime tu secreto.

Eres estación sin término.
Auroras redondas sobre
azules alterados y en calma.
Reflejo tridimensional
de los anhelos.

Mar, Amor, dime tu secreto.

Búsqueda
de orígenes remotos,
cazador de estrellas
sin tregua ni descanso.

Mar, Amor, dime tu secreto.

Balcón abierto sin limites
galopando eternamente

Mar, Amor, dime tu secreto.

En comunión constante con el cielo
iluminas el alba,
dándome los últimos sosiegos
tan altos como las nubes de nácar.

Mar, Amor, dime tu secreto.

Mati Bautista

Muro



Mano. Mitzi Vania

Hablo a solas con el muro
y le confieso
lo que hicimos la otra vez
en aquel lugar
de luz y tiempo congelados.
Se transforman
mis recuerdos en palabras.
Te imagino cálido y sonriente
como la ocasión que fue.
Converso con el muro
ardiendo pasional
porque te siento cerca.
Volteo para que mi mandíbula
roce mi hombro y así pensar
que eres tú
quien me ha tocado.
Sigo en plática con el muro.
Le hablo de tus manos
y mi cuerpo cede ante el deseo.
Le hablo de tu boca
y mis labios se muestran impacientes.
Me estremezco.
Hay un suspiro.
Si las paredes hablaran…

Mitzi Vania

EL DULCE LAMENTAR DE LAS POETAS O
EL DULCE LAMEN TARDE LAS POETAS



El calambur que da titulo a este trabajo ha sido aprehendido de una de las más inspiradas églogas del poeta Garcilaso y posteriormente readaptado con el fin de ilustrar la contradictoria sensación de dolor pero a la vez de dulzura en aquellas poetas (o poetisas, como prefieran) que voluntariamente decidieron interrumpir su existencia. Todas fueron tremendamente explícitas a la hora de escribir sobre el dulzor del sueño eterno. Estos versos les pertenecen, e ilustran a la perfección dicha dicotomía:

> *…se deshace el invierno en el desbordamiento*
> *de mi sangre más pura,*
> *el llanto aún puede ser nombrado* dulcemente perdón.
> Antonia Pozzi
>
> *No es muda la muerte. Escucho el canto de los enlutados*
> *sellar las hendiduras del silencio.*
> *Escucho* tu dulcísimo llanto *florecer mi silencio gris.*
> Alejandra Pizarnik
>
> *Nacidos sin vida, no siempre mueren,*
> *pero deslumbrados, no pueden olvidar* una droga tan dulce
> *que hasta los niños mirarían con una sonrisa.*
> Anne Sexton

Siempre he pensado que el dolor (mental o físico) actúa en la persona que lo padece como una experiencia del todo antinatural e incluso infrahumana, mucho más

al límite de la dignidad que cualquier otra causa. Por eso pienso que aquellas personas que toman la dolorosa decisión de poner fin a sus vidas, lo hacen desde la última frontera de la desesperación.

Se cree que fue Safo, arrojándose al mar, la primera poeta que acometió el suicidio como forma de evasión física allá por el siglo V antes de nuestra era. Por mi parte, trataré de centrar este texto en algunas de las voces poéticas femeninas que decidieron autoinmolarse únicamente a la largo de la anterior centuria, extendiéndome algo más en aquellas que, tanto por su trascendencia poética como por el sufrimiento que tuvieron que soportar, llamaron mi atención y estimularon mi curiosidad literaria, haciendo que mi interés por sus obras se convirtiera en avidez por la lectura de sus poemas y por aquellos aspectos más destacados de su vida… y de su muerte.

Comienzo con una delicada mujer. Atormentada por el desencanto y la depresión vivida en época de entreguerras, la poesía de la griega María Polydouri deja de fluir en 1930; es la primera poeta que decide suicidarse en el que va a ser, por muchas razones, el más trágico y despiadado siglo en la historia de la humanidad.

Otra poeta contemporánea de la anterior e igualmente atormentada por la impronta recurrente de las imágenes que la guerra fue cincelando en su delicado espíritu, y que también decide quitarse la vida, es la italiana Antonia Pozzi. Capaz de expresar de manera precisa un íntimo universo personal, el 3 de diciembre de 1938 y con tan sólo 26 años de edad, deja escritos estos escalofriantes versos antes de ingerir una gran cantidad de fármacos que acaban con su corta vida.

…como de rama en rama
un caer ligero
de pájaros
cuyas alas ya no se sostienen.

De entre todas las extraordinarias poetas de su generación y su ámbito geográfico, léase Gabriela Mistral, Delmira Agustini, Dulce Maria Loinaz o Juana de Ibarbourou, es Alfonsina Storni, tal vez, la más sensorial y, sin duda, la que con más entusiasmo representa el esfuerzo personal por alcanzar la quimera de la felicidad. Nacida en la localidad de Sala Capriasca, en Suiza, su familia se traslada a la República Argentina y es allí donde comienza a escribir poesía. En uno de sus primeros poemas centra sus versos en la oscuridad y en la muerte; a continuación, deposita el poema bajo la almohada de su madre para que esta lo lea. A la mañana siguiente su madre, a base de golpes e improperios, trata de explicarle que la vida es dulce. Años después escribirá un poemario con una gran carga autobiográfica y que titulará *El dulce sueño.*

Su vida transcurre en medio de un desajuste emocional que comienza en la infancia y que no la abandonará hasta el día de su muerte: el alcoholismo de su padre, un desengaño amoroso con un hombre casado mayor que ella y que la deja embarazada cuando aún no había alcanzado los veinte años, la inestabilidad laboral o las crisis nerviosas que sufrió a lo largo de diferentes épocas de su vida. Pero dentro de esa atormentada sucesión de infortunios, Alfonsina, llega a convertirse en el máximo exponente del denominado postmodernismo argentino. Tras el suicidio del escritor de cuentos Horacio Quiroga, con quien había mantenido una intensa relación, escribe estos premonitorios versos a modo de tributo:

Morir como tú, Horacio, en tus cabales
y así como en tus cuentos, no está mal…

Alfonsina comienza a padecer una enfermedad que ella intuye terminal. El 23 de octubre del año 1938 viaja a Mar del Plata, y hacia la una de la madrugada del martes veinticinco abandona su habitación y se dirige hacia la playa de la Perla para internarse en el mar.

A la mañana siguiente, dos obreros descubren el cadáver en la orilla. Por la tarde, los diarios titulan sus ediciones con la noticia: «Ha muerto trágicamente Alfonsina Storni, gran poetisa de América».

El día anterior había enviado dos cartas a su hijo y un Poema de despedida titulado "Quiero dormir" al diario *La Nación* que fue publicado al día siguiente de su muerte:

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono
le dices que no insista, que he salido...

El 21 de noviembre de 1938, el Senado de la Nación rindió homenaje a Alfonsina en las palabras del senador socialista Alfredo Palacios que leyó el texto siguiente:

> *Nuestro progreso material asombra a propios y extraños. Hemos construido urbes inmensas. Centenares de millones de cabezas de ganado pacen en la inmensurable planicie argentina, la más fecunda de la tierra; pero frecuentemente subordinamos los valores del espíritu a los valores utilitarios y no hemos conseguido, con toda nuestra riqueza, crear una atmósfera propicia donde pueda prosperar esa planta delicada que es un poeta*.

Pero si hubo una mujer especialmente lúcida a la hora de expresar poéticamente el sufrimiento y el dolor, esta fue sin duda la poeta rusa Marina Tsvetaieva.

Su formación parte de la escuela de Pushkin, basada en una sobria alegría, la elegancia con que se configura el mensaje en cada uno de los versos y la carga de tremenda humanidad presente en ellos. Marina es una apasionada de la música y de la naturaleza. En 1912 se convierte en la esposa de Sergiuei Efron con quien tuvo tres hijos, Adriadna, Irina y Gueorgui. Durante la guerra civil en la que estuvo inmerso su país y ante la ausencia de su marido, por hallarse este combatiendo, Marina escribe compulsivamente: seis piezas de teatro, tres poemarios y una serie de diarios que tituló *Índices terrestres*

En 1920 muere su hija Irina, y este hecho, marcará el comienzo de lo que será para ella una trágica existencia y un transitar angustioso por el sendero del dolor a lo largo de su vida. En 1925 viaja a París donde mantuvo una fluida correspondencia con diversos escritores de la época como el poeta alemán Rainer María Rilke o el célebre autor de *Doctor Zhivago*, Boris Pasternak.

En octubre de 1937 tiene conocimiento de la implicación de su marido en el asesinato de un ex-militar ruso y del hijo de Trotski. Un año después se traslada a vivir a un hotel donde escribe *Poemas a los checos*, con motivo de la ocupación nazi. En 1939 regresa a la URSS. Su hermana Anastasia está presa; su marido y su hija viven bajo vigilancia cerca de Moscú; dos meses más tarde serán detenidos y confinados en un “campo de trabajo”. Durante estos años Marina vive (sobrevive) de las traducciones y del apoyo de algunos de sus allegados como la también poeta Anna Ajmatova o su fiel amigo Boris Pasternak.

En 1941, en plena invasión nazi, y después de que su marido fuera fusilado y su hijo enviado a trabajar a un campo de minas, comienza para ella una despiadada persecución por parte del régimen estalinista que acaba con su deportación a Yelabuga donde, el 31 de agosto de 1941, se suicida, ahorcándose con una cuerda que el propio Boris le había dado para atar una valija.

A pesar de la mucha y profunda poesía que Marina produjo a lo largo de su trágica vida, he decidido transcribir una reflexión suya que la define como la poeta anhelante, apasionada y nostálgica que fue: *Toda la vida se divide en tres periodos: el presentimiento del amor, el hecho del amor y el recuerdo del amor.*

Dice la poeta peruana Celia Bustamante, que Sylvia Plath fue una morbosa amante de la perfección, que aquellos que perturbaran la anhelada armonía de ese gran escenario donde ella sería la estrella sin competencia posible, caería presa de sus versos. Mas fue ella finalmente –nos dice Bustamante–, la presa perfecta.

Sylvia Plath había nacido en la ciudad de Boston en 1932. Su poesía estaba impregnada de esa angustia emocional tan propia de los "poetas confesionales" (Robert Lowell, Anne Sexton o W.D. Snodgrass). Sylvia manejaba con suma transparencia aquellos temas que solía abordar recurrentemente: la noche, la oscuridad, el miedo o la muerte.

Morir es un arte, como todo.
Yo lo hago excepcionalmente bien.
Tan bien, que parece un infierno.
Tan bien, que parece de veras.
Supongo que cabría hablar de vocación….

Victima de un trastorno bipolar luchó contra su propia mente para construir muchos de sus poemas. Su poesía nos aproximaba con frecuencia al horror último. Consiguió lo clásico de la generalización traduciendo una herida privada a un código minucioso de imágenes instantáneamente públicas y que a todos concernía. Obtuvo una beca Fullbright para cursar estudios en Cambrige. Allí conoció al poeta Ted Hughes con quien se casó en 1956 y con quien tuvo dos hijos. La tortuosa relación entre ambos desembocó finalmente en su separación; este hecho afectó profundamente a Sylvia Plath.

El 11 de febrero de 1963, cuando contaba 31 años de edad, Sylvia se levantó temprano en su casa de Londres, en un acto de último amor materno preparó el desayuno a sus hijos, abrió la llave del gas e introdujo la cabeza dentro del horno. Antes había escrito esta nota: *Debería haber un ritual para nacer dos veces: remendada, reparada y con el visto bueno para volver a la carretera.*

Amiga de la anterior y en cierta manera rival literaria, traigo ahora a colación a la poeta norteamericana Anne Sexton. Mujer provocadora, hermosa, de talle alto y delgado, tan estilizada como si de una modelo se tratara. Anne Gray Harvey había nacido en Massachusetts en 1928 y adoptó el apellido de su marido Alfred Muller Sexton cuando se casó con él a los 19 años. Un año después de nacida su primera hija le diagnosticaron depresión post-parto, sufriendo su primera crisis mental y teniendo que ser ingresada en un hospital neuropsiquiátrico. Regresaría allí varias veces, sobre todo después de sus intentos de suicidio, que se agudizaron tras el nacimiento de su segunda hija.

En los primeros versos de su poema *La balada de la masturbadora solitaria,* Sexton dice:

Al final del asunto siempre es la muerte.
Ella es mi taller. Ojo resbaladizo,
fuera de la tribu de mí misma mi aliento
te echa en falta.

Se cuenta que le gustaba llegar diez minutos tarde a sus recitales poéticos, cuando llegaba, paseaba desafiante por la tarima, se encendía un cigarrillo, se quitaba los zapatos y con voz ronca decía: *voy a leer poemas que les dirán la clase de poeta que soy, el tipo de mujer que soy, así que si no les gusta, pueden abandonar la sala.*

Fue su médico quien la apoyó para que desarrollara el interés por el arte poético. En el otoño de 1957 se inscribió en un taller de poesía donde conocería a Sylvia Plath; ambas quedarían mutuamente influenciadas si bien entre las dos hubo una ardua competencia que se hizo patente durante todo el taller para ver cúal de ellas sería capaz de escribir el mejor poema del curso.

Sexton hizo de la experiencia de ser mujer un tópico central en su poesía, no teniendo reparo alguno en tratar temas tan controvertidos como la menstruación, el aborto o la adicción a las drogas.

En 1974, a pesar de su éxito como escritora –había ganado el Premio Pulitzer de poesía– perdió su batalla contra la enfermedad mental. Tras almorzar con su mejor amiga, Anne Sexton fue hasta el garaje de su casa, encendió el motor de su automóvil y comenzó a inhalar el monóxido de carbono que la sumiría en un profundo y definitivo sueño.

Regreso ahora a Argentina para citar a otra autora cuyas raíces, al igual que las de Alfonsina Storni, estaban arraigadas en la Europa Oriental. Cuando el 29 de Abril de 1936 Alejandra Pizarnik vio la luz por primera vez, no podía -por edad- ni siquiera imaginar que con el transcurrir de los años escribiría dos impresionantes libros de poesía: *Extracción de la piedra de locura* y *El infierno musical.* Tampoco podía saber que su vida iba a moverse dentro de los parámetros mentales que conformaban dichos poemarios.

Escribo contra el miedo
contra el viento con garras que se aloja
en mi respiración…

Alejandra pertenecía a una familia de inmigrantes procedente del viejo continente. Estudió filosofía y letras en la Universidad de Buenos Aires, su ciudad natal y, más tarde, pintura con Juan Batlle Planas. Entre 1960 y 1964, Pizarnik vivió en París donde trabajó para la revista *Cuadernos* y algunas editoriales francesas. Publicó poemas y críticas en varios diarios, tradujo a Antonin Artaud, Henri Michaux, y Aimé Cesairé, y estudió historia de la religión y literatura francesa en la Sorbona. Tras su retorno a Buenos Aires, Pizarnik publicó tres de sus principales volúmenes, *Los trabajos y las noches* y los anteriormente citados, *Extracción de la piedra de locura* y *El infierno musical*, así como su trabajo en prosa *La condesa sangrienta*. En 1969 recibió una beca Guggenheim, y en 1971, al igual que Plath, una Fullbright.

El domingo 25 de septiembre de 1972, mientras pasaba un fin de semana fuera de la clínica siquiátrica donde estaba internada, y arrastrada por el infierno de la locura y de la depresión, Alejandra Pizarnik ingirió una dosis letal de barbitúricos que acabó de manera fulminante con su vida.

Quisiera por último citar a la poeta colombiana María Mercedes Carranza, pues si bien decide quitarse la vida en el año 2003, su obra queda referencialmente encuadrada en el siglo pasado.

Licenciada en filosofía y letras por la Universidad de los Andes, ejerció como periodista cultural dirigiendo las páginas literarias "Vanguardia" y "Estravagario" de *El Siglo* de Bogota y *El Pueblo* de Cali. Durante 13 años trabajó como jefa de redacción del semanario *Nueva Frontera*. Fue miembro de la Asamblea Nacional Constituyente que reformó la Constitución Nacional de 1991. Ocupó el cargo de Directora de la Casa de Poesía Silva desde el 24 de mayo de 1986 hasta el día de su fallecimiento.

Hubo en Maria Mercedes Carranza una serie de acontecimientos que desencadenaron el fatal desenlace: el asesinato de Luis Carlos Galán, el secuestro a manos de las FARC de su hermano Ramiro o la muerte prematura de dos de sus más grandes amigas. Pero sobre todo, la tristeza que le fue produciendo la desintegración

moral de su querida Colombia, sumida esta en un profundo desasosiego a causa de la estremecedora violencia que sus calles y aldeas respiraban.

Un caluroso día del mes de julio de 2003 María Mercedes Carranza finalizó su jornada laboral en la Casa Silva de Poesía, a continuación se marchó a su apartamento en los cerros de la ciudad de Bogotá donde fue hallada muerta, a su lado: Whisky, pastillas, y una carta de despedida dirigida a su hija. Hace más de un siglo y en la habitación contigua a la que ella ocupaba en la Casa de Poesía Silva, su dueño, José Asunción Silva, agobiado por la vida, se pegó un tiro fatal, previamente había pedido al médico de la familia que le dibujara en el pecho el sitio exacto donde latía el corazón.



Oración

No más amaneceres ni costumbres,
no más luz, no más oficios, no más instantes.
Sólo tierra, tierra en los ojos,
entre la boca y los oídos;
tierra sobre los pechos aplastados;
tierra entre el vientre seco;
tierra apretada a la espalda;
a lo largo de las piernas entreabiertas, tierra;
tierra entre las manos ahí dejadas.
Tierra y olvido.

María Mercedes Carranza
11 de julio de 2003

Concluyo con un alegato esperanzador en favor de la libertad y de la dignidad humana, mencionando un texto que la escritora y diplomática mexicana Rosario Castellanos escribió a mediados de los años cincuenta:

> *No, no es la solución tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi ni apurar el arsénico de Madame Bovary ni aguardar en los páramos de Ávila la visita del ángel con venablo antes de liarse el manto a la cabeza y comenzar a actuar. Ni concluir las leyes geométricas contando las vigas de la celda de castigo como lo hizo Sor Juana. No es la solución escribir, mientras llegan las visitas, en la sala de estar de la familia Austen ni encerrarse en el ático de alguna residencia de la Nueva Inglaterra y soñar, con la Biblia de los Dickinson, debajo de una almohada de soltera. Debe haber otro modo que no se llame Safo ni Mesalina ni María Egipciaca ni Magdalena ni Clemencia Isaura. Otro modo de ser humano y libre. Otro modo de ser.*

Fco. Javier Fernández

Olvidar el olvido

Sólo tiene buena conciencia
quien no la ha usado nunca.
Woody Allen

Anduve por las calles
en busca del olvido.
Hurgué entre los escombros,
residuos recubiertos
de herrumbre y de detritus,
y oí las viejas quejas
y los salmos insomnes del lamento.

Vi objetos esparcidos,
residuos de fetiches
que en su día,
tuvieron sus razones de existencia
y ahora... son olvido.

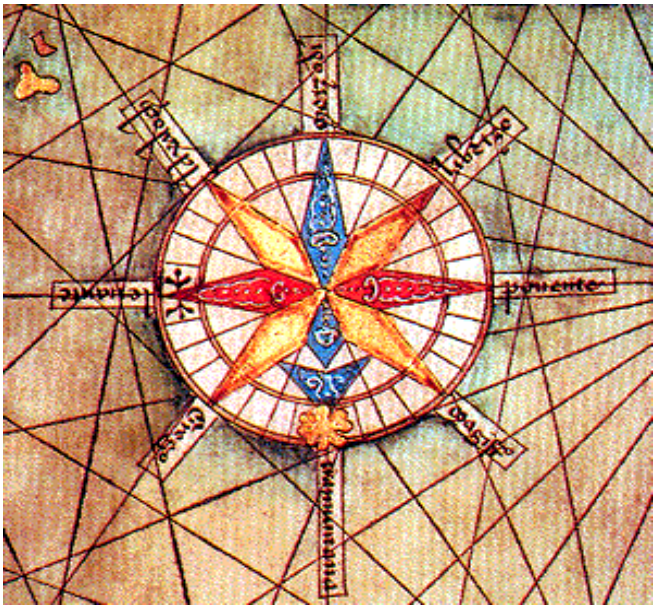
Avisté por la boca
de las alcantarillas,
guaridas corrompidas por excesos,
laberintos de lenguas reprimidas,
escrúpulos
que pernoctan sus culpas en el fango.

Alce mi rostro en desafío
buscando en el paraje
la añorada respuesta,
y hallé
amordazada
la soledad del hombre.
El olvido.

Se apagó la esperanza,
y en lo profundo
de mi silencio
resurgieron las grietas
más temibles que el descuido;
la herida mortal de que olviden
que sí
se consumó el olvido.

Mª Amparo Benito Díez

LA MARCA DEL TIEMPO



El tiempo marca, vigoroso, el ritmo de los acontecimientos venideros.

Arraigados al poder hipnótico de la costumbre, los caminos siembran sucesos apenas imperceptibles. Son signos que aparecen difusos, aunque han sido perfectamente trazados en los espacios latentes.

El futuro lee entre líneas lo que un minuto le sugiere y provoca, en su curso, acciones perturbadoras. Las tragedias convergen en vértices de ángulos obtusos venciendo, omnipotentes, a los momentos circulares, de redondos deleites. No hay batalla cotidiana que no quede registrada en el lenguaje binario del tiempo, ni mordedura que no deje su huella en el centro de los huesos.

Mas es vano rendirse a la mera observancia de los hechos, ya que nuestros dedos pueden dibujar parábolas concéntricas de libre albedrío, espacios de luz difuminada y etérea. Así aprendemos a perfilar la vida con tinta de colores. De este modo borramos, al instante, las recetas amargas, la hiel y la retama.

Y llega, de repente, el devenir de un sueño, que todo lo resuelve, que todo lo sitúa. Despertamos un día sabiendo que la historia nos debe una respuesta. Entonces nos sentamos, expectantes, a la mesa, donde el destino sirve sus más ricos manjares, sus dulces situaciones, sus esmeradas horas, de elaboradas salsas.

María José Arques

Dijeron que el chopo estaba enfermo,



que su grueso tronco sólo
era un remedo del pasado.
Alguien escribió que los árboles
se hacen fuertes
a merced de vientos huraños
que agitan crueles sus frágiles cuerpos.
Yo no lo creo.
Tal vez porque el transcurrir de los años
me ha hecho pensar que nuestro mundo
se desmorona con más rapidez
cuando el reloj de arena comienza a retratarse
a la mitad,
que las piedras con que resbalábamos
en nuestro ascenso
y nos obligaban a empezar de nuevo,
aquellas a las que no temíamos
y tomábamos como finísima grava
se van tornando en vientos huraños, terribles,
y nosotros en frágiles chopos de apariencia indemne.
Sin la convicción necesaria querría pensar
como aquel poeta,
que quizás al caer
lo hacemos para tomar impulso
y superarnos.

Cristina Arroyo

Aunque nunca lo sea

Si la sangre pudiera,
si alcanzara
a ser igual que el mar,
a arder como arde el viento
que lo empuja y despierta.
Si pudiera elevarse
y ser entonces
una marea implacable
que inscribiese señales
en altos promontorios y en las cumbres.
Si todo fuese así,
entonces, en verdad,
la entregaría
para que nunca más
la muerte fuese
una absurda condena,
una cruel maldición
que nace con el alba
y va dejando un rastro
de ignominia
que no queremos ver
y que se oculta
tras disfraces y llantos
y músicas y flores.
Pero la sangre muere cada tarde
y nunca llega más
que a ser un pulso,
un débil y apagado
sonido que te dice
que estás vivo
y es testimonio sólo,
nunca arpegio
o volador sonido
que hasta el cielo llegase.

Manuel Parra Pozuelo

VIEJAS CALLES



Calle Huertas (Madrid). López Serrano, óleo sobre lienzo.

Cuando voy a Madrid me gusta recorrer las antiguas calles galdosianas, donde aún perduran viejos edificios émulos de la casa donde nació *"Barbarita Arnaiz, en la calle de Postas, esquina al Callejón de San Cristóbal".* Si ya antaño parecían estuches o casas de muñecas, hoy apenas sombra son de lo que fueron. A pesar de ello se aferran a la vida; se sostienen los unos a los otros; soportan con arrogancia los achaques de la vejez que ha cuarteado sus fachadas y las tiñe de humedad como si padecieran de incontinencia urinaria.

Me detengo a atisbar en los portales vejados por los gatos y la incuria de los años. Subo las claudicantes escaleras apoyándome en el desgastado barandal, y me pregunto cuántas manos se habrán posado en el lugar en que se posan las mías; cuántas pisadas habrán sido necesarias para moldear los escalones de madera hasta conseguir curvarlos por el centro; cuánto peso habrán soportado; cuánta alegría, dolor o indiferencia habrá ascendido o descendido por ellos. Vislumbro, a través de un ventanuco, una de aquellas habitaciones de "*techo accesible con la mano"*, pequeña y opresiva, que parece destinada "*a la premeditación de algún crimen", a* ocultar un terrible secreto. La realidad es bien distinta: oigo risas en su interior, voces infantiles cantando, y percibo un exquisito aroma a cocido. Ya decía Galdós que a alguna de estas casas se entraba por la cocina.

Admiro la puerta de cuarterones, la trabajada mirilla de bronce, y a punto estoy de llamar para comprobar por mí misma si aún perduran los "*cerrojos imposibles de manejar y las vidrieras emplomadas".* Un último vestigio de sensatez me disuade de hacerlo, y bajo lentamente, con el corazón atrapado por el espíritu de los antiguos moradores de la casa, por los que me siento observada, mientras oigo la queja de los peldaños.

María Rosario Mohinelo

3:40 A.M.



Vigilante soy de la noche,
mientras los demás duermen.
¡Atento a los sueños
soy luz de los insomnes!
Vigilante en mi guardia
de lejanos rumores,
de las enamoradas flores.
Velo yo, por aquellos
que aman los silencios,
que relajan los cuerpos,
que cubren sus almohadas
con tiernos y desesperados besos.
… Y de otros que derraman
lágrimas de amargura,
que son penas suspiradas,
cómplices de sus soledades,
compañeras de los silencios.
Vigilante soy de la noche,
cuando alumbran las estrellas
que no se cansan de mirar,
pero que siempre callan.
¡Conmigo ellas! ¡Las estrellas!
… Desvelarán las sombras mañana,
lo que antes fuera un velo de misterio
y sólo será un débil rayo de sol,
vengador indiscutible de muchos miedos.
Vigilante soy de la noche.
… Y la noche soy yo, auque no quiera reconocerlo.

Luis S. Taza Hernández

RECUERDOS DE UNA MAESTRA

Dedicado a Carmen Conde: Maestra de maestras. En su centenario.



Niñas en la escuela. Fotografía de Miguel Jiménez

Era mi primera escuela. Con el corazón encogido y el alma aventurera me alejaba del regazo de los míos hacia el interior de Galicia. Tierras desconocidas se extendían ante mis ojos. Desde la ventanilla del coche renqueante me adentraba en las montañas. Los robledales y castañares cercaban la carretera de tierra. Las montañas redondeadas aparecían unas veces amarillas por la flor del tojo y otras malvas por los carrascales y *uces* en flor. La mirada, ávida ante el paisaje desconocido. De vez en cuando cuatro casas oscuras de piedra y varios caminos que se cruzaban en el punto donde se erguía un crucero solitario que extendía sus brazos clavados, y una Dolorosa con Jesús en brazos, ofrecían al caminante consuelo. Interrumpían las arboledas pequeñas parcelas de tierra primorosamente cultivadas con hortalizas, encerradas entre muros o setos vegetales, además de recuadros con maíces, habas y panzudas calabazas de colores. En las partes más umbrosas surgían *herbales* rodeados de pequeñísimos arroyuelos, donde la hierba impactaba por su delicado verdor. Pasaban las horas y seguían los bosques cada vez más complejos, de variadas especies, en las que descollaba el alcornoque, coloreadas montañas y horizontes azulencos. El cielo de ese mes de septiembre de mil novecientos sesenta y dos se mostraba azul ultramar, diáfano y puro. Algunos trazos algodonosos rompían su nitidez. El coche de línea, que nos trasladaba, dejó de renquear y empezó a bajar. Desde lo alto, allá en el fondo, divisé una aglomeración de casas importante con calles e iglesias. Era Lalín. Final de viaje. Ahora para trasladarme a la aldea a la que iba destinada tenía que agenciármelas por mi cuenta. Una persona que estaba entre los mirones dijo que iba para ese lugar y se ofreció a llevar la pequeña maleta y acompañarme a la casa de la escuela. Fuimos andando, la distancia no pasaba de cuatro kilómetros. La tarde empezaba a caer y el frío se hacía notar. Olía fuertemente a estiércol, a humo, a retamas y anises. Nos cruzábamos con aldeanos que venían de sus faenas y se interesaban en quién era yo. Mi acompañante les informaba y me deseaban una feliz estancia entre ellos. Algunos tenían hijos en edad escolar y se compadecían porque yo les parecía muy jovencita. "*Mandan unha meniña mais."* Entre dos luces llegué a mi destino. Dos casitas nuevas como las que dibujan los niños me esperaban. Una mujer enlutada con pañuelo a la cabeza se presentó como la dueña. Era fornida y hermosa, con una sonrisa melancólica y acogedoras palabras, se hizo cargo de mí. Así, "cargo de mí", porque aunque me trataba de doña me hablaba como a una niña, y de su mano tomé posesión de la habitación y de la casa. Voy a saltar las dificultades domésticas con las que me encontré. No había aseo. Para aguas menores una bacinilla bajo la cama y para mayores la cuadra de las vacas. En el dormitorio una cama, un armario, una silla, una mesilla de noche y un lavabo de pie, con espejo y

jarra, que las chicas se ocupaban de llenar de agua, todos los días, una sola vez; había que gastar poca porque la fuente estaba muy lejos. Una parte de aquella casa, que era donde se habitaba, estaba destinada a la escuela. Estas casas habían sido construidas en el monte por lo que desde las ventanas de la escuela veía la aldea de Botos extendida a mis pies. Al día siguiente de mi llegada contemplé emocionada, desde estos ventanales, las casas con sus corrales, hórreos y *palleiros,* los caminos terrosos, los pequeños huertos; más lejos, las tierras de labor, y casitas diseminadas hasta el horizonte, donde descollaba la aguja de una iglesia. "Mis dominios –pensé,. ¿Cómo serán los niños?" La escuela era mixta. Los alumnos entre los seis y catorce años. Estaba deseando empezar. Una particularidad desconocida en la zona de mi procedencia, la constituía la cocina. En el centro de una gran habitación estaba la propia cocina de hierro, de cuatro fogones, siempre encendida y con una gran olla de porcelana roja encima conteniendo caldo. El caldo de la amistad. Todos: caminantes, amigos, familia, todos teníamos derecho a cualquier hora del día, o de la noche, a servirnos una *cunca* de caldo caliente y sabroso. Alrededor de tan santo mueble, única calefacción de la casa, había bancos corridos. Más tarde supe que en invierno, en las noches de heladas y de nieves, se reunía allí la más variopinta de las concurrencias. Entonces los cuentos de aparecidos, de lobos, de almas en pena y de chascarrillos, constituían la cultura de las gentes de aquellos lugares que se volvieron inolvidables en mi vida.

Estoy dejando para el final mi encuentro con los niños. La primera pega fue que no me entendían, tuve que recurrir al gallego que yo hablaba muy mal. Formaban un conjunto de niños y niñas de todas las edades. Se mostraban tímidos, por un lado, y osados por otro. Según me pareció, los agrupé por conocimientos, de forma que los que sabían más pudiesen ayudar a los que empezaban. Recuerdo que ese primer día, cuando estábamos más embebidos en las tareas, ya muy avanzada la mañana, se abrió la puerta y apareció un niño, chorreando de pies a cabeza, porque en ese momento llovía, vestido con unas ropas destrozadas, unas tallas más grandes que él, y en la mano una vara de la que pendían, sujetas por las agallas, unas truchas. "Buenos días, tenga usted. Soy Manuel. Aquí todos me conocen. Vengo por mi hermana. Esa –una niña pequeña y renegrida corrió a abrazarse a sus piernas– Empieza este curso la escuela y yo fui a pescar estos peces para que usted la tenga en consideración y la trate bien. Mis padres están ocupados y no pueden venir. Yo asisto a la escuela cuando puedo, tengo mucho que trabajar." Soltó todo esto de un tirón ante el silencio de los niños que admirados lo escuchaban. Me alargó el ramo de truchas, dejándome impactada se dirigió a un sitio entre los mayores y se sentó, dispuesto a seguir la clase con los demás y con su hermanita pegada, que yo volví a su sitió con suavidad. Evoco en mis recónditos pensamientos a aquel chaval que no tenía los once años y que se manifestaba de forma tan rotunda como paladín de su hermanita.

Son memorias de aquella primera experiencia en la enseñanza, que practiqué durante más de treinta y siete años. Por mi vida pasaron toda clase de alumnos, y de lugares: nunca nadie como Manuel. Manuel merece otras páginas de estos recuerdos. Hoy, Manuel, quebrantaría todas las leyes de protección al menor, pero en la vida de la Galicia de aquellos años, era un ejemplo de dignidad y bondad.

Y como decía Carmen Conde:

"He venido a quererte, a que me digas
tus palabras de mar y de palmeras..."

Estos versos de la insigne escritora se pueden aplicar a lo que yo quería dar a mis alumnos.

Airam Lebasi

Nazareno

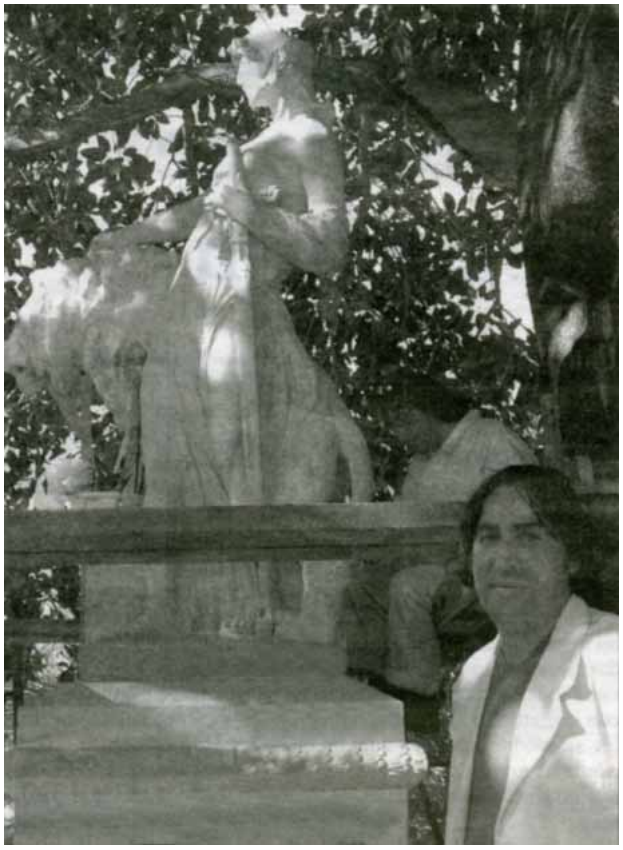
Caminaba dormida
enramada en quehaceres cotidianos.
De súbito ondeó tu capa de cadalso,
pisaste las baldosas heridas de mi frente,
y no pudiendo verte, perdí el paso.
Era tu manto, poderoso y esbelto,
etérea inquisición de piedra y rayos,
y un vértigo de siglos vino a verme
ardiendo en las hogueras del pecado.
Y no ví tu rostro, Nazareno,
ocultabas tus lágrimas acaso
o una mueca de risa encadenada
o un precipicio de amor entre los labios.
Nunca sabré, mas me trajiste
la talla cincelada del hermano
hecha despojo, aliento triturado,
para que lo visiten mis sueños entre llagas,
para que lo vislumbre, desangrándose
sin término, en mis brazos,
para que lo recuerde muerto,
clavado en las aristas rotas de mis manos.
Me habita el dolor, venenosa sierpe,
sisea palabras que han estado
royéndome la flor de la esperanza,
mordiendo mis oídos extenuados:
"Así fue y así será, siempre ha pasado,
el justo, el entregado, el hombre bueno,
el que siempre fue leal, el más amado ,
aniquilados sean, por siempre aniquilados"
Mas sé que es puro sueño lo que dices,
lo que queréis clavarme en el costado;
una lanza oxidada de temores,
una pústula de culpa hecha de harapos.

Julia Díaz Climent

UN ESCULTOR DE VANGUARDIA: MIGUEL BAÑULS MACIÁ

"En la obra monumental del siglo XX del escultor y pintor Vicente Bañuls (1865-1934) hay todavía una concepción académica reflejo de la clientela oficial. Las figuras para el Monumento a los Mártires de la Libertad (1907, retirado después de la guerra civil) y el monumento a José Canalejas (1914-1916) flanquean la Explanada. La obra que más le satisfizo fue la Fuente (1918) de la actual Plaza de Gabriel Miró, que sustituía a otra que celebraba la traída de agua potable a la ciudad. Parte de su obra, junto con la de su hijo Daniel, se encuentra en el Museo Bañuls inaugurado en 1968 "

José Piqueras Moreno[1]



En la entrada al Museo Bañuls, me encuentro con Miguel Bañuls Maciá, el hombre de la familia Bañuls que continúa la tradición de la pintura y la escultura.

Miguel es biznieto de Vicente Bañuls y sobrino-nieto de Daniel Bañuls. Prosigue con él la historia fecunda y creadora de una Academia de notables artistas: la de Lorenzo Casanova Ruiz.

Nació Miguel en Madrid, en 1969. Licenciado en Bellas Artes por la Universidad Complutense, en 1983, amplía conocimientos técnicos de modelado, vaciado y fundición en el estudio de escultura Glytos durante un año, de 1993 a 1994.

Desde 1990 participa en diversas exposiciones de pintura y escultura, entre ellas la Bienal de Pintura Elisa Tomás Yuste o el Certamen Nacional de Escuela Martos. También en encuentros organizados por la Caja de Ahorros del Mediterráneo o por el Ayuntamiento de Alicante.

Durante un período de tres años trabaja con un equipo de restauración de obras de arte para el Excmo Cabildo Insular de Tenerife y el Obispado de Ávila.

A partir de 1996 se establece en Alicante, alternando la creación con la docencia, impartiendo las disciplinas de dibujo, pintura y escultura y realizando encargos de escultura para empresas e instituciones. Sin ser prolijos se pueden mencionar las siguientes:

Diseño y realización de los Premios "Halcón de Oftamología", "Art al Casino" del Casino del Mediterráneo y el Premio al Foguerer "Antulio Sanjuán". Monumento

[1] *VV.AA*. *Historia de Alicante*, tomo II *Arte del siglo XX*, Ed. Diario Información, 1990

conmemorativo para el GOE III de Valencia. Talla policromada de Cristo Ascendente para la iglesia de Santa María de Ávila. Restauración en El Campello de la escultura de su bisabuelo Vicente Bañuls, "La Marsellesa", creada a principios del siglo XX, una hermosa alegoría de la Revolución Francesa.

Ya estamos en la calle Marcos Oliver, frente a los muros de la Casa Sacerdotal. En la Casa Sacerdotal estuvo en sus inicios la emisora de radio de la COPE. Desde sus ondas pude escuchar, cuando yo era muy joven, mis primeros poemas.

El taller o estudio quizá pudiera ser el espacio laboral de un mecánico o un carpintero o un electricista. Pero las primeras palabras del escultor, rodeados ambos por sus proyectos y sus obras, me lo hacen entender :

"Yo no trabajo para la fama, me interesan las exposiciones solamente si están justificadas por un conjunto de obras o por razones estéticas, pero no busco el mundo del oropel, ni el considerarme artista.

Sé que es Arte lo que hago con mis manos, pero el considerarme un artista depende de quienes estimen mi labor, no de uno mismo.

Me gusta el trabajo, saber que cada obra que termino tiene ya un lugar donde va a instalarse, donde la gente la va a disfrutar…"

Hay dibujos, sobre una mesa, del relieve inacabado en el que está trabajando. Hay pinturas en las paredes (óleos, acrílicos, mosaicos).

"Lo que me atrae de la Pintura es la facilidad de su empleo, pinto sobre todo para mí, para mi placer. La escultura implica mayor esfuerzo, más preparación, más tiempo dedicado a ello."

Añade Miguel que hace sus proyectos siempre por encargo, y me enseña fotografías de columnas con cuerpos desnudos, de estructuras mecánicas con movimiento, de forjas que son escaleras o cielos o laberintos. Un enorme sol de metal cuelga del techo, lo golpea con un palo y retumba como un gong. Por un momento sientes una llamada del tiempo, de la tierra, de los siglos.

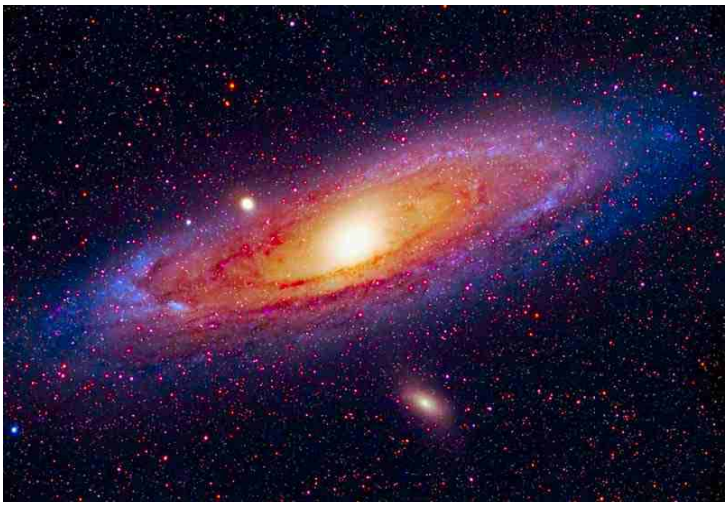
Sigo viendo un catálogo con obras magníficas, pero además útiles, necesarias, vivas… "En esta pieza me ayudó Manuel Miguel, –me dice–" Debo decir que Manuel Miguel fue mi cuñado, y además mi amigo. Uno de los hombres más generosos que he conocido. Pasa una emoción, por el alma del escultor y por mi alma, tal vez algo de dolor cicatrizado, acaso una simpatía. Manuel Miguel falleció hace siete años.

Hablamos después de poesía, de que todas las Artes tienen espacios que comparten, de que todos los creadores buscan ser poetas a la vez que son escultores o pintores, o buscadores de magia o misterio.

El taller de Miguel Bañuls es su espacio; su mundo, un ámbito de búsqueda y de hallazgo personal. Él es, en realidad, un renacentista, un vanguardista, un creador en el tiempo, que sabe hacer "cosas bellas" para la vida.

Francisco. Alonso Ruiz

Andrómeda



Más allá del horizonte vertical de la noche.
Más allá de las últimas estrellas.
Una confusa mancha blanquecina
se insinúa en el terciopelo negro de los cielos.
De siempre el hombre sospechó que un misterio muy profundo
anidaba en la borrosa nube de Andrómeda.
Hoy sabemos que ese polvo tan lejano
es la imagen de otra Vía Láctea espiral y de otros mundos.
Que son estrellas las partículas de lo que percibimos.
Que son luces que alumbran otras tierras.
Cien mil millones de sistemas planetarios,
cuya luz partió de allí hace miles de milenios,
cuando el hombre de aquí no era aún un ser erguido.
Cuando el hombre de aquí no tenía nombre…
Miro a Andrómeda con mi telescopio,
y me siento tan pequeño...
La miro y pienso que, inevitablemente,
del otro lado de las lentes,
lejos, muy lejos,
algo, parecido a un ojo,
me está devolviendo la mirada.
Que alguien o algo dirige hacia mí su vista inquieta.
Tal como yo hago con él, o con ella, o con ello.
Tal como yo lo miro, tratando de imaginar
sus inimaginables formas, su impensable pensamiento.
Y un escalofrío recorre mi espalda.

Miguel Ángel Pérez Oca

ISIDORO



Cuando despertó a las seis de la mañana, antes de poder abrir los ojos, y al sentir su cuerpo como un saco de cemento inamovible, –pensó– que posiblemente había pasado la noche en algún banco del parque, al relente, y no sobre su viejo colchón, el que un día heredara de su compadre, el *Calavera,* y que cada noche le aguardaba, amurallado por unos gastados cartones, bajo una de las arcadas del antiguo puente medieval, sucio y abandonado al desaparecer el cauce del que un día debió de ser un refrescante río. Se dio cuenta de que no podía mover el cuerpo, ni siquiera un centímetro, ni a la derecha ni a la izquierda. Intentó abrir los ojos, pero una extrema pesadez los dominaba. Aguzó los oídos. Un burbujeo, como un estertor, era la única señal audible en ese momento.

Después de varios minutos y muchos esfuerzos, consiguió despabilar los ojos, pero sólo distinguió una escasa luz roja frente a él, sobre lo que parecía ser el montante de una puerta inexistente, y otro reflejo, también muy tenue, algo más alejado. La cabeza le flotaba, quizá más que otras veces, y le era imposible centrar los pensamientos. Además, sentía una comezón en el estómago, unas incipientes náuseas y mucha ansiedad. Hizo un esfuerzo para aclarar la niebla de su mente, para recordar, pero únicamente le llegó, como un fogonazo, la boca desdentada del *Tortuga,* llamándolo con fuerza desde la acera opuesta a la suya, –Isidoroooo, mira–, a la vez que le mostraba una resplandeciente y tentadora botella hacia la que él se abalanzó, ávidamente, sin preocuparse de nada más. Sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda.

El estómago le ardía. Comenzó a sudar y a sentir una irrefrenable necesidad de beber. Miró a su alrededor todo lo que le permitía su limitado campo de visión y se dio cuenta de que estaba en un estrecho habitáculo, en penumbra, y de que cada una de sus manos se hallaba posiblemente conectada, a través de unos cables blancos, a algún artefacto. Sí –pensó sin entender– un lugar igual al que ocupó Sole cuando la operaron de aquella úlcera maligna que se complicó.

¡Sole! Isidoro no quería pensar en ella pero, sin poderlo remediar, su memoria volvió a cruzar la frontera y retornó a cinco años atrás cuando su mujer, recuperada de una intervención intestinal que casi la condujo a la muerte, decidió vivir la vida a tope, como si cada día fuera el último de su existencia. Y cambió, vaya que si cambió. En unos meses se transformó en otra persona. Reemplazó su aspecto personal, discreto y anodino, por otro de mujer atrevida, desenfadada y desenvuelta. Se tiñó de caoba el cabello, introdujo una nueva línea de productos de belleza, se vistió de colores chillones... pero el cambio más definitivo, el que dio la campanada y despertó las murmuraciones de todo el vecindario, fue que cambió de marido; se volvió a enamorar

tres meses después, como una adolescente, porque necesitaba, como ella misma aseguraba sin ninguna cortedad, sentirse una mujer nueva y viva.

La vida es como un tiovivo que gira y gira y que de pronto se para en su recorrido cuando menos se espera o, también, que da más vueltas de las que uno puede asumir. El comportamiento de Sole fue algo que Isidoro nunca digirió y supuso el lastre que lo había sumergido en aquel océano sin fondo en el que se encontraba. A partir de entonces ya no pudo ser el mismo. Ni pudo ni quiso. Se alejó de su casa, de su ambiente, de sus amigos, de su trabajo. Era difícil resistir la mirada escudriñadora de los compañeros e, incluso, alguna que otra desagradable mímica que, intuía, se expresaba a sus espaldas.

Él también había necesitado aire nuevo y, a partir de ese momento, Juan Fonseca López, funcionario, se convirtió en Isidoro, sin más. Viajó y viajó. Conoció gente nueva, otras mujeres, y se hizo cliente asiduo de casinos, bares, tabernas, antros... hasta que su casa fue la calle; su techo, el cielo; su sillón, algún escalón resguardado de jovenzuelos irrespetuosos; sus pertenencias, las que podía encontrar cada día en contenedores o desechos y que, amorosamente, colocaba en un carrito metálico con las ruedas ya torcidas, que un día el *Calavera* le prestara; su distracción, la charla absurda, irreal, con los compinches inquilinos del puente; su dieta, cualquier cosa o nada; eso sí, el "caldo" que no le faltase. Lo mismo daba blanco que tinto que clarete que pardillo o peleón. No podía pasar ni un solo día sin notar aquel calor que desde la garganta le bajaba hasta el vientre y le anestesiaba el alma. Allí estaba su vida.

Envuelto en la penumbra del recinto, Isidoro sintió de nuevo aquel terrible bocado en el estómago, aquel calambre conocido, sólo que esta vez se acompañaba de un sudor frío y de unos incontrolables temblores. Intentó recordar con más detalle la boca babosa del *Tortuga*, empinándose aquella botella, que él también quería compartir y, de pronto, casi como en una nebulosa, volvió a verse cruzando la calzada, tornó a percibir el fuerte bocinazo, unos estentóreos gritos y un frenazo seco que, no sabía por qué, había sido lo último, junto con la cara espantada del *Tortuga*, lo que había quedado en su conciencia.

Abrió los ojos, todo lo que los párpados le permitían, intentando reconocer aquellas paredes blancas, escasamente iluminadas, y su mirada se quedó prendida, horrorizada, de unos extraños seres que bullían, tropezándose entre sí, mientras subían y bajaban por ellas. Unos eran como insectos gigantes, otros como murciélagos, otros como repugnantes cucarachas. Los miró, y comprobó espantado que algunos de aquellos seres se acercaban hacía él, trepaban por sus piernas y alcanzaban las manos, los brazos, el rostro. Intentó sacudírselos haciendo un esfuerzo supremo. Imposible. No podía. Su cuerpo era un fardo inamovible, sujeto, además, por toda aquella serie de cables en los que se columpiaban los espantosos bichos. Abrió los ojos que querían salírsele de las órbitas y gritó, gritó despavoridamente mientras unas fuertes convulsiones, como jamás había sentido, comenzaron a agitar su cuerpo, amordazado a aquella extraña camilla.

Del fondo de aquel lugar en semipenumbras, surgió una voz irreconocible alertando:

—Rápido, un calmante para el paciente de la doce.

Rafaela Lillo

Hambre en el sur



El hambre aturde y emplaza a los fantasmas
a celebrar su fiesta
de estómagos hinchados.
Colgando de los muertos hay guirnaldas
que ensalzan su bandera
de odios y venganzas.
En las mesas, con sórdidos manteles,
gusanos de las charcas
inmersos en el barro,
traficantes de armas.

En la celebración de los titanes,
acuden a bailar con la mentira.
Sus cuellos, realzados con diamantes.
Unos venden su vida,
otros compran exóticas sustancias.
En la alfombra persiguen la estatuilla,
el premio venerado.
Y mientras, en el sur, una plegaria
tiñe de sangre las palmas de las manos.

María José Arques

Callosa, quisiera quererte

La poesía es vocación de permanencia



Callosa. Acuarela de Mati Bautista

No me acostumbré a oír tu nombre: Callosa.
Ni a tus brazos prisioneros.

No me deslumbré ante tu sierra,
valerosa y atrevida.
Ni ante el inmenso verde
manto de tu vega.

Época siniestra de mi crecer tardío.
Secuestro de mis primeros años,
anhelos e ilusiones.

Fatiga continua de tu penumbra constante.
Tiemblo al pronunciar tu nombre todavía.

Y juro por Dios que en mi corazón te guardo.
Sin embargo ningún beneficio
mi alma de ti ha gozado.

Mati Bautista

HIPERTEXTO LITERARIO (Comienzos de novela)



Hay[1] muchas maneras de contar esta historia…

Yo[2] señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo porque la[3] primera vez que les eché la vista encima, en el interior de un Rolls Royce Silver Wraith, junto a la terraza de The Dancers, estaban borrachos; de eso hace[4] ya cinco años, fue entonces cuando el gobernador decidió expulsarlos a todos tras despertar[5] por la mañana a Gregorio Sanmsa de un sueño intranquilo mientras yo me encontraba perdido[7] en compañía de mi primo Buck en[6] aquel lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, justo en[7] medio del camino, en una especie de selva oscura que bien podía haber sido un cuerpo[8] de mujer o tal vez unas blancas colinas, o unos muslos blancos.

Al anochecer llegamos a Comala y localizamos la casa de Bernarda Alba. Era una[9] noche oscura y tormentosa. Atemorizados, nos preguntamos cuándo[10] sería otra vez nuestra reunión y si habría también tormenta y chaparrón, de todas formas, nos[11] gustaba la habitación[12] blanquísima de la casa de Bernarda porque[11] aparte de espaciosa y antigua, guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos. Mientras[13] estábamos en la sala de estudio entró el director y tras él, en[14] acongojado diapasón, una nueva chica. Vine[15] a Comala —dijo— porque me dijeron que acá vivía mi padre. A la mañana siguiente la chica apareció estrangulada en su cuarto y no volví a saber nada de Buck.

Muchos[16] años después, durante una[17] tarde extremadamente calurosa de principios de julio y frente[16] al pelotón de fusilamiento, el[18] imponente y rollizo, Buck Mulligan, que nunca[19] se había demorado en los goces de la memoria, apareció[18] en lo alto de la escalera y comenzó a increparme voceando: “antes[20] que me hubiera apasionado por mujer alguna jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”.

Yo señor, no soy malo, pero sí justo, y eso a veces resulta incompatible con la bondad, por eso es que fui implacable a la hora de juzgar tan luctuoso hecho.

Yo[21], el Supremo Dictador de la República..

Glosario de citas textuales

Relación que induye la editorial y la fecha de edición de todas las primeras frases de las obras utilizadas en el texto, así como sus respectivos autores

[1]Hay muchas maneras de contar esta historia... ("La última escala del Tramp Steamer", *Álvaro Mutis*. Editorial Punto de lectura, Madrid 2001)
[2] Yo señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo... ("La familia de Pascual Duarte", *Camilo José Cela*. Editorial El País Colección Clásicos del siglo XX, Madrid 2003)
[3] La primera vez que le eché la vista encima, en el interior de un Rolls Royce Silver Wraith, junto a la terraza de The Dancers, Terry Lenox estaba borracho... ("El largo adiós", *Raymond Chandler.* Editorial El País Colección Clásicos del siglo XX, Madrid 2003)
[4] Hace cinco años, cuando el gobernador decidió expulsar... ("El astillero", *Juan Carlos Onett.* Editorial Seix Barral, Barcelona 2004)
[5] Al despertar Gregorio Sanmsa una mañana, tras un sueño intranquilo... ("La metamorfosis", *Frank Kafka.* Editorial Valdemar, Madrid 2000)
[6] En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme... ("El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha", *Miguel de Cervantes Saavedra.* Editorial Alfaguara, Madrid 2004)
[7] En medio del camino de la vida, perdido me encontré en selva oscura... ("La Divina comedia", *Dante Alighieri*. Editorial Cátedra, Madrid 1993)
[8] Cuerpo de mujer, blancas colinas... ("Veinte poemas de amor y una canción desesperada-Poema1", *Pablo Neruda.* Editorial RBA, Madrid 1984)
[9] Era una noche oscura y tormentosa... ("Paul Clifford", *Edward G. Bulwer-Lytton*)
[10] ¿Cuándo será otra vez nuestra reunión? ¿Habrá también tormenta y chaparrón? ("Macbeth", *William Shakespeare.* Editorial Planeta, Barcelona 2001)
[11] Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos... ("Casa tomada", *Julio Cortazar.* Editorial Alfaguara, Madrid 2007)
[12] Habitación blanquísima del interior de la casa de Bernarda... ("La casa de Bernarda Alba", *Federico García Lorca.* Editorial Alianza, Madrid 1999)
[13] Estábamos en la sala de estudio cuando entró el director y tras él un nuevo chico... ("Madame Bovary", *Gustave Flaubert.* Editorial Edimat, Madrid 2000)
[14] Detrás de él, en acongojado diapasón... ("El siglo de las luces", *Alejo Carpentier.* Editorial Bruguera, Barcelona 1980)
[15] Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre... ("Pedro Páramo", *Juan Rulfo.* Editorial Cátedra, Madrid 1998)
[16] Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento... ("Cien años de soledad", *Gabriel García Márquez.* Editorial Alfaguara, Madrid 2007)
[17] Una tarde extremadamente calurosa de principios de julio... ("Crimen y castigo", *Fiodor Dostoievski.* Editorial Juventud, Barcelona 2006)
[18] Imponente y rollizo, Buck Mulligan apareció en lo alto de la escalera... ("Ulyses", *James Joyce.* Editorial Bruguera-Lumen, Barcelona 1983)
[19] Nunca se había demorado en los goces de la memoria... ("El hacedor", *Jorge Luis Borges.* Editorial Alianza, Madrid 2002)
[20] Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia... ("La vorágine", *José Eustasio Rivera.* Editorial Alianza, Madrid 1987)
[21] Yo, el Supremo Dictador de la República... ("Yo, el Supremo", *Augusto Roa Bastos.* Editorial Alfaguara, Madrid 1986)

Fco. Javier Fernández

LA MAR, EL MAR



Sólo la Mar es mar cuando se dice sola, abandonada; cuando se mira en su propia infinitud y sabe verse, sentirse, olerse, gustarse a sí misma porque es la Mar o el mar, un presente que es o un futuro que no está por venir, sino futuro ya llegado al sol, al día, incluso a la turbia amenaza de los peces que se nutren ellos, tan diminutos, de mar sin límites, de aguas abisales que están a 3º grados de temperatura, en un silencio y oscuridad absolutos, como si fuera aquél el refugio perfecto contra la finitud. Sólo la Mar es cielo, abundoso, frecuente, distante, diario, cercano a todas las criaturas, que nada más son agua: agua en las vísceras, agua en los músculos del corazón, agua en el corazón del fémur o en el asta del toro castigado como animal macho, más macho, más rey que el león, pues el león es nada más el señor de las sabanas, que apenas sabe cazar y encomienda las largas carreras tras el antílope a la hembra, veloz hembra, veloz leona que finísimamente oye, escucha, huele los colores y volúmenes de su presa y se lanza contra ella decidida, sin importarle el sicómoro o la sombra más caprichosa del cactus.

Sólo el mar es silencio infinito, creciente, que está y vive y es frente a las aves, cuyos huesos son ligeros como cartílagos, sin que le pesen cuando quiere ser ave y empezar el larguísimo vuelo de sus migraciones de Norte a Sur o de Sur a Norte, siempre empeñada el ave por su supervivencia, que no quiere ser hielo, materia gélida y helada, ni tampoco quiere ser fuego intangible ni alumbrar a sus polluelos cuando reinan las altas temperaturas del verano en el Sur. Busca el ave, pájaro migratorio, la Primavera, la estación intermedia que es rosa, flores, las blancas margaritas, niños que juegan al sol, atardeceres limpios, sosegados, que nadie sabe ver, atardeceres a los que nadie presta su atención porque son dulces y no hieren ni amenazan con rebelarse.

Busca también la Mar su Primavera, aunque constantemente se le niega esa dicha de ser mar en primavera, de gozar en su seno las flores y los frutos del verano que se anuncia, de un verano que podría llegarle a él, al mar eterno e infinito, anterior a los dioses, más antiguo que el más antiguo de los dioses. Ni siquiera los dioses hititas pueden igualar la eternidad del mar, dios de sí mismo, dios que es por sí en sí, dios que es dios sin necesidad de criaturas, sacerdotes o templos; mar que es dios porque desprecia las áridas columnas o los ornados capiteles grecorromanos; mar que es dios porque no precisa ni de tabernáculos ni de arcas de la alianza, sino sólo de su infinitud, de su estar callado, viendo cómo la tierra gira, cómo el sol envejece, aunque sea el astro más antiguo o la estrella más grande y vieja, hoy ya envejecida, con pequeños cráteres de sombra, con pequeñas zonas donde el helio no vive porque se ha consumido para vivir. Desterrado por siempre y para siempre de esa Primavera que él necesitaría, como la necesitan el ave, la leona o el toro, se queda en su Eternidad inmutable y se hace dios, igual que al dios único que pudiera existir como esencia

inmutable, igual al dios que no hemos conocido porque no existe aunque sea la deidad de los cristianos, que depositan en él sus esperanzas. La Mar o el mar no encontrarían consuelo si alguien les dijese que son ellos, en su ambigüedad, la única esencia eterna, el único elemento anterior a los otros y por ello inmóvil e inmutable aunque quisiera reír o llorar. Y así sólo nos queda el mar, sólo nos queda la Mar fuera de la cuatro estaciones, para ser eterno y ocupar espacios incorruptibles, alamedas que nadie ve porque están más allá, más lejos que el Sol y nadie ha tocado con sus dedos. Sólo la Mar sabe de esas alamedas encumbradas de sal y espuma, encerradas en sí mismas como el único misterio, el más agrio y profundo de los misterios, que late a cada instante y se dibuja en un espejo grande, también encerrado, también oculto, también enloquecido por su angustia grande en el que nadie se ha mirado y del que huyen los peces, vertebrados ovíparos sin nombres, anhelantes en la perpetuación de su especie, como los hombres anhelan y desean vivir, mantenerse en tierra firme y perpetuarse aunque la Mar o el mar les enseñen las verdades de su callada condición.

Juan Vicedo

Con los brazos en cruz

Muerto ya el robledal,
sólo quedan raíces
muertas bajo la tierra.

Ajenas al dolor,
las sombras de los robles
permanecen intactas,
con el luto enramado
de su verdusco velo.

Y una hermética puerta,
aquejada de sed,
se abre mirando al cielo
con los brazos en cruz.

Lucía Espín

Y SUBIÓ A LOS SUEÑOS POR NO DESCENDER A LA LOCURA



En aquel tiempo, a sus cinco años, le subió a la cabeza la locura de soñar con las agujas del reloj, exactamente, en el momento fatídico de aquella mañana en la que vio morir a su padre y a cuantos estaban con él.

De las diversas formas que el niño se inventaba para sobrellevar el dolor, había elegido envolverse en las sábanas como en un refugio seguro; entre ellas su mente daba rienda suelta a sueños provocados por la necesidad de evadirse o, tal vez, producidos por el hambre y la enajenación. Se adormecía con visiones que le alejaban de la inevitable realidad que desde hacía tiempo estaba obligado a soportar.

Con manos recelosas y firmes le daba cuerda al fabuloso reloj de su imaginación, adelantaba el minutero, la saeta destacada de las agujas; quería que corriesen las horas de todos los relojes del mundo, a la vez que anhelaba que el espacio del tiempo retrocediera, que transitara por aquellos días radiantes, anteriores al horrible momento del inicio de la guerra.

Soñar era la forma de volver a su última imagen feliz, a contemplar a su madre mientras preparaba los desayunos; a su padre que era arquitecto, y a toda prisa recogía las carpetas y el maletín para dirigirse al lugar de trabajo. Aquel día acababa de enseñarle los planos de un colegio a punto de edificarse. Los tres se amaban, formaban una familia, y en aquella cocina espaciosa se percibía el cariño: olía a leche, a café, a chocolate, a galletas recién salidas del horno; la despensa estaba abastecida y hasta el agua cantaba en el fregadero. Las plantas gozaban de salud y florecían al ritmo de cada estación, y en la pecera iluminada burbujeaban los silenciosos peces. Su madre trajinaba sobre el fogón con el pelo recogido, dejando despejado el óvalo de su cara con la elegancia innata de su raza; sus ojos resplandecían alegres. El niño, bullicioso y de enormes ojos negros, se disponía a ir hasta la parada del autobús que lo llevaría al colegio donde era feliz con sus compañeros. Al término de cada jornada lo recogía su madre y, de vuelta a casa, el niño comentaba sus hazañas y progresos. Sí, en aquel hogar reinaba la paz.

Aquella mañana su padre se adelantó para hablar con el conductor del autobús, mientras él se quedó unos momentos despidiéndose de su madre. Desde las ventanillas los niños le sonreían y lo llamaban. Fue la última vez que los vio al igual

que al conductor y a su padre. Al estallar la bomba todos volaron desmembrados y el cielo, hasta entonces azul y transparente, se volvió negro y sangriento. Su madre y él resultaron heridos, empapados de su propia sangre y de la de las personas queridas.

De todo lo sucedido le quedaba la locura de soñar. Hoy, cuando sacaba la cabeza fuera de las sábanas, todo era distinto. La alegre cocina eran cuatro maderas ennegrecidas, la despensa estaba vacía; el agua escaseaba incluso para beber y el olor a muerte y podredumbre cortaba el aliento. Su madre ya no era aquella mujer alegre, sino una sombra que al caminar arrastraba una pierna deforme; sus bellos ojos miraban perdidos y bajo un pañuelo ocultaba su pelo blanco.

¡No! Él no quería descender a la locura, pero mientras la ocupación extranjera siguiera con sus máquinas asesinas rondando por las calles, arrasando vidas, destruyendo su cultura y usurpando sus patrimonios, su país no estaría a salvo ni tampoco sus habitantes.

Rezaba a su Dios deseando con todas sus fuerzas, con el fervor de que era capaz un niño de siete años, que la paz regresara a su pueblo.

Mª Amparo Benito Díez

Qué gris está esta tarde

Qué gris está esta tarde
en que las nubes rotas
envían a la tierra
su ofrenda de cristales
en transparentes gotas.

Qué gris está esta tarde
en que la lluvia fina
tintinea en las hojas
del árbol de la esquina.

Qué gris está esta tarde,
qué desierta la playa
y que gris está el mar,
con un turbio oleaje
de canción invernal.

Qué gris está esta tarde
también mi corazón,
melancólico y mudo
sin fuerza ni pasión.

María Rosario Mohinelo.

DE CÓMO *RAY* Y *BOGART* SE PERDIERON *EN UN LUGAR SOLITARIO…*



Fotograma de la película *In A Lonely place.*

Dicen que el siete es un número mágico, quizá por eso fue precisamente siete años antes de su muerte, el 14 de Enero de 1957, cuando *Humphrey Bogart* rodó y estrenó la película que seguramente mejor ha definido, a lo largo de toda la historia del cine, la mágica y enferma personalidad de un verdadero creador: un ser solitario condenado a habitar lugares solitarios.

Si bien apenas un año antes, *King Vidor* ya nos había llevado a pasear por ese misterioso lugar que en la cabeza de *Gary Cooper* adoptaba el nombre de *El Manantial* ("The Fountainhead", 1949), es en esta película donde la visión de la creación se presenta de forma mucho más realista y menos épica, libre totalmente de aderezos narrativos, y eso que la creación en la que se centra es precisamente un guión cinematográfico, totalmente lleno de trampas y aderezos narrativos.

El lugar solitario al que hace referencia el título ("In A Lonely Place", 1950) de la segunda y última colaboración entre el gran director *Nicholas Ray* y *Humphrey Bogart*, justo un año después de haber rodado la magistral denuncia de los problemas de la adolescencia rebelde *Llamad A Cualquier Puerta* ("Knock On Any Door", 1949), es la mente del guionista *Dixon Steele*, un ser atormentado, acusado de haber asesinado a la insustancial *Mildred Atkinson*, personaje interpretado por una perfecta *Martha Stewart*, en los primeros compases de la cinta y cuya culpabilidad o inocencia no conoceremos hasta el final de la misma.

El grado de implicación de actor y director en el proyecto queda patente con la producción del propio *Humphrey Bogart* para su sello *Santana* y por parte de *Nicholas Ray* en el hecho de que, después de rechazar a *Gingers Rogers* y a la mismísima *Lauren Bacall*, eligiera a su propia esposa de aquellos momentos, la bella *Gloria Grahame*, para el papel de *Laurel Gray*. Además, *Ray* se empeñó en que algunas de las escenas de la película se rodarán en su domicilio particular, una preciosa casa de apartamentos con jardín central en *Beverly Hills*.

En este sentido, la tensión entre *Gloria Grahame* y *Nicholas Ray,* trabajando codo a codo en su propia casa, es clara en muchos momentos de la película; no en vano ambos se divorciarían apenas un par de años después. A pesar de todas estas vicisitudes, *Gloria Grahame* quedaría de nuevo unida a la familia *Ray* al casarse con uno de sus hijos de un matrimonio anterior, *Anthony*, en 1960.

"In a Lonely Place" discurre siempre por senderos inciertos a lo largo de todo su metraje, al menos por lo que a género se refiere, mezclando continuamente el *thriller* con el drama. La crítica corrosiva al mundillo cinematográfico de *Hollywood* se alía con la más sutil de las ironías y el vacío existencial de sus creadores para ofrecernos una película, que a pesar de lo sencillo de sus planteamientos y pretensiones, resulta tan

incierta como la vida misma. La cinta te atrapa desde sus primeros fotogramas para dejarte al final con ese sabor agrio y amargo que la vida nos muestra continuamente al doblar muchas de sus esquinas.

En un perfecto ejercicio de metacine, *Dixon Steele* dobla una esquina más en su atormentada vida de creador de historias, y a pesar de encontrarse cara a cara con una acusación de homicidio, a sus pies aparece la oportunidad de alcanzar la felicidad con una mujer que cae prendada de su personalidad desde el primer instante. Aún así, la creación, esa efervescencia que fluye en su interior y que en un acto de amor supremo *Laurel Gray* no tratará nunca de parar, si no más bien todo lo contrario, enseguida dejará al descubierto la febril angustia vital de *Dixon*.

Tanto la novela de *Dorothy B. Hughes*, en la que está basada la película, como el guión de *Edmund H. North* y *Andrew Solt* nos presentan de forma magistral esa incompatibilidad manifiesta entre la creación pura y el amor terreno. Esta incompatibilidad queda totalmente patente en la contraposición directa que escritora y guionistas establecen entre la tormentosa relación de *Dixon* con *Laurel* y la del sargento *Brub Nicolai* con su abnegada esposa *Sylvia*, personajes interpretados por los convincentes *Frank Lovejoy* y *Jeff Donnell*.

Mención aparte merece el personaje de *Mel Lippman*, representante acólito de *Dixon Steele*, interpretado maravillosamente por un *Art Smith* en estado de gracia. Sus frases, sus gestos y su completa condescendencia con el personaje de *Humphrey Bogart* le muestran como la voz de la sabiduría, conocedora de todo de antemano y por lo tanto alejada de la tentación del juicio. *Mel Lippman* sabe que *Dixon Steele* es un genio y conoce de primera mano las oscuridades de los genios, pero nunca intenta juzgarlas. Por encima de todo, *Mel* adora a *Dixon*, es su amigo, compañero y confidente, y como podemos extraer claramente de un diálogo que tiene con *Laurel* al final de la película, lo importante para la felicidad de *Dixon* no es que el amor triunfe, sino que el guión que ha escrito sea bueno.

En este sentido, es imposible obviar el paralelismo entre las vidas de un *Dixon Steele* desgraciado y las no menos desgraciadas vidas personales de un *Humphrey Bogart*, que al año siguiente alcanzaría la cima de su carrera con el óscar al mejor actor por su interpretación en *La Reina De África* (“The African Queen”, 1951) de su buen amigo y compañero de botella *John Huston*, y de un *Nicholas Ray* que en breve lograría sus mayores éxitos con la inquietante *La Casa En Las Sombras* (“On Dangerous Ground”, 1952), la sublime *Johnny Guitar* (1954), la generacional *Rebelde Sin Causa* (“Rebel Without A Cause”, 1955) o la revisión del cine negro, eso sí en color, *Chicago Año 30* (“Party Girl”, 1958) entre otras, antes de venirse a España a rodar *peplums* con el dinero de *Samuel Bronston*. A pesar de todos estos grandes éxitos, a nadie le es ajeno que ambos habitaron, y no sólo en esta película, lugares solitarios.

La tristeza y la impotencia para poder alcanzar la felicidad son así las claves de una obra muy sencilla desde el punto de vista cinematográfico, pero a la vez muy compleja si observamos con detenimiento su intrínseca reflexión acerca del proceso creativo. *Ray* se empeña en dejarnos claro que la angustia y el dolor del creador, y su incapacidad para relacionarse de una forma “normal” con los que le rodean, es decir, su soledad, quizá impuesta o quizá simplemente elegida, son los pájaros que sobrevuelan continuamente las obras de arte, al menos las más interesantes.

En este sentido y en nuevo paralelismo, esta vez entre arte y amor, a fin de cuentas tal vez todo se resuma en la frase que *Dixon Steele* quiere incluir en su guión y que *Laurel Gray* recuerda con emoción al final de la película: “*Nací cuando ella me besó, morí cuando ella me dejó, sólo viví las pocas semanas en las que me amó…”*

Por último, a modo de curiosidad y sin ánimo de destripar el final de la acción, es interesante destacar que, seguramente en un acto de morbosa ironía, los guionistas se reservaron el nombre de *Henry Kesler*, unos de los productores asociados de la

película, para el mentiroso y malvado personaje interpretado por el no acreditado *Jack Reynolds*, que a la postre terminará resultando decisivo en el desarrollo de la trama.

En este año, de nuevo relacionado con el número siete, cuando han pasado ya cincuenta desde la muerte de *Humphrey Bogart*, sin lugar a dudas uno de los grandes creadores del arte cinematográfico, *En Un Lugar Solitario* sigue de rigurosa actualidad, aunque sea sólo como toque de atención a los presuntos creadores contemporáneos que se regocijan y disfrutan felices del éxito de sus obras.

David Israel Méndez Alcaraz

LA COSECHA DEL CORAZÓN

La semilla del tiempo
Rafaela Lillo
Ediciones Torremozas
72 páginas, precio 8'50€

Nuestra entrañable amiga Rafaela Lillo ha publicado, dentro de la colección Torremozas, un hermoso poemario, titulado *La semilla del tiempo,* cuya calidad, ya garantizada por el prestigio de la colección, que publica magníficos libros de nuestras mejores poetas, ha sido también reconocida por el profesor Miguel Ángel Lozano en la presentación de este libro, que tuvo lugar en la Sede Universitaria de Alicante, acompañado de un recital en el que participamos los integrantes de la Asociación Cultural Auca de las Letras.

El texto poético nos conduce, a través de un camino cíclico y circular, puesto que se inicia y concluye de modo semejante, ya que el último verso del primer poema es idéntico al último verso del último poema *"*Yo quisiera escapar de este corazón mío*"*, hasta tal punto que el resto de las composiciones podría considerarse como explicación y justificación del acto volitivo que se expresa en el citado verso, y esta razonada y sentida argumentación lírica que transcurre en diversos escenarios y con distintas tonalidades es, por tanto, el cañamazo sobre el que se diseñan y dibujan los versos de Rafaela Lillo, que ha estructurado el libro en varios apartados: una introducción o *Preludio*; el cuerpo del poemario, constituido por: *Fábula, El rostro que te mira, La vida se armoniza en sus contrastes y Contingencias*; y un colofón titulado transparentemente *En el final del círculo.* Cada una de estas estancias o partes en las que el poemario se divide describe líricamente una visión del vivir o de su reflejo en la escritura, desde las personales perspectivas de Rafaela, de tal modo que la primera *Fábula* corresponde a la posible literaturización de la existencia, que se concreta en un hermoso verso en el que lo imaginado se expresa, al afirmar:"¿Es que será posible / que los peces sonrían?", mientras que la segunda *El rostro que te mira*, a nuestro entender, es un balance de su propia existencia, en el que el pasado "Todo aquello que fue y que ya no es" se contempla con una desengañada mirada que, al mismo tiempo, escudriña el futuro, y en ambos horizontes temporales descubre "la burla de los dioses", "un monte y una sima". La tercera agrupación de poemas, la que

encontramos tras el rótulo *La vida se armoniza en sus contrarios*, señala la imperiosa necesidad de asumir la existencia, poblada de luces y de sombras, puesto que "un día llegará que el viento estalle" y entonces sólo permanecerá "la cortina fugaz de la memoria". El cuarto y último de los apartados se titula *Contingencias* y está constituido por composiciones en las que predomina el doloroso sentir ante lo efímero y transitorio de nuestra existencia, porque el hombre "sabe que no es amapola de un día/ y conoce el dolor del pensamiento".



Sin duda las cuatro estampas o estancias, su introducción y colofón expresan diversas perspectivas de la existencial tensión que nos aqueja, que podríamos ubicar en el "desierto de sables y de algas" o en "la piedra alimentada/ por el hálito rancio del silencio", y que es, en definitiva, consecuencia de"la burla de los dioses" que a sí mismos se engañan, pues sus ojos también han sido devorados por el incendio de la temporalidad y no son sino "ceniza", donde ha quedado "la huella siempre en sombras: la muerte de la esperanza". No obstante el atribulado peregrinar también ha contemplado luminosas galerías y ha saboreado dulcísimos instantes, que dan lugar a expresiones cuya aparente contradicción, nos permite descubrir su pertinencia y nos hace posible paladear, junto a Rafaela, el inconfundible sabor de "la sonrisa de los peces".

Nos hallamos, pues, ante un poemario reflexiva y armónicamente estructurado, en el que no han dejado de sorprendernos sus aciertos expresivos, mediante los que, gracias a la adecuada y novedosa utilización de sus vocablos, nos trasmite, de modo inequívoco, la emoción e intensidad de lo sentido en el humano acontecer, muchas veces tan dramático que nos llena de asombro y perplejidad, sobre todo en algunos momentos, en los que los elementos constitutivos del universo pueden llegar a ser algo para lo que nunca fueron creados, tal como se afirma en "El aire no se ha hecho/ para asfixiar al pájaro", o en otros casos nos empapan con su deslumbrante ternura como cuando se caracteriza a la más cordial de nuestras vísceras asignándole funciones tan diversas y afectivas como "retener, abrigar, amamantar, defender y disfrazar".

En el texto que comentamos, mediante este poético discurrir, se consigue que el entorno existencial no sea sólo escenario que contemple y encuadre a su autora, sino que vaya llenándose de sus sentimientos, que, en un buen número de ocasiones, se ubican en el mar, presente en muchas de las composiciones, al que bellamente se denomina "espejo de la historia", y al que se trasmuta hasta tal punto de preguntarse "¿por qué no puede estar sembrado de ociosas flores?".

Para concluir sólo nos queda desear, al igual que lo hace nuestra entrañable amiga, calma a su atribulado corazón, que ha dejado en su poemario huellas de su transitorio acontecer del que nos ofrece un exacto y completísimo retrato, en el que lo instantáneo y mutable del humano vivir, mediante la palabra poética, queda para siempre reflejado. Leamos y releamos su poemario y constatemos los prodigios que la lírica expresión es capaz de llevar a cabo, cómo en sus versos, su magia permite que la semilla del corazón fructifique y haga de ella una sazonada cosecha tan transparente y tan luminosa como la que Rafaela ha puesto al alcance de nuestros ojos.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, Nº 2. — ALICANTE.
PRENSA NAVARRO. C/ Plus Ultra, Nº 75 — ALICANTE.
VIDEO—CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos — ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, Nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA EL CLÍNICO UNIVERSITARIO. San Juan. — ALICANTE
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, Nº 14 — ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, Nº 91. — ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4 — ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) — (S. Vicente Raspeig) — ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) MURCIA.